EL

PIRATA NEGRO

CONT
UN EPI
CO

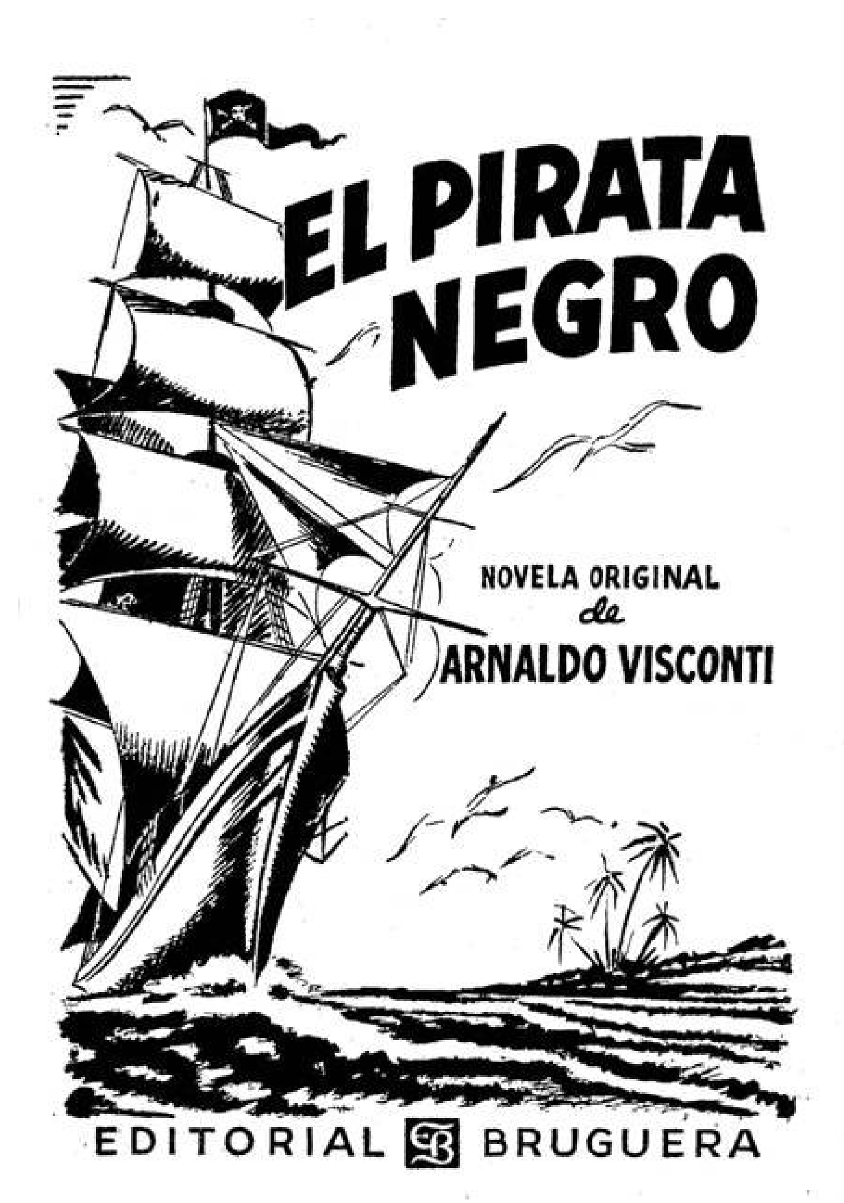
por

ARNALDO VISCONTI

PROVENSAL

3'50
PTAS

LAS DAMAS DEL ARCO


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Las damas del arco

Colección El Pirata Negro n.° 68

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1948


LAS DAMAS
DEL
ARCO

PRIMERA PARTE

EL EDEN DE LAS MARIPOSAS

CAPÍTULO PRIMERO

Los diez "primeros"

M velero “Aquilón”, anclado en el puerto de Buenaventura, semejaba, más que una nave en escala, un navío prisionero.

La escala que lo unía con el muelle estaba custodiada en su remate final por una decena de soldados y una sección completa, si bien, no con armas en la mano, demostraba a las tiaras que estaba presta a intervenir al menor síntoma de alarma.

A bordo, varios piratas reuníanse alrededor de uno más alto, de rostro redondo, en el que aparentemente sólo había una abobada expresión de ingenuidad.

Pero un observador ducho en discernir matice, habría definido al poseedor de aquel rostro, como un desvergonzado sujeto.

El tal, mostraba ahora signos de una evidente preocupación. Y no era por estar atosigado a preguntas, ya que Ambrosio Bustamante, apodado “Pencas”, navarro de cuna, tenía un estilo especial para emplear palabras ea forma poco explícita, que sumían en profundas reflexiones a quienes le oían.

No suscitaban sus frases reflexiones por su contenido, sino por lo dificultoso que era entenderlas.

Y, sin embargo, en aquellos momentos algo muy importante, debía pasar, por cuanto el navarro artífice del descaro, hablaba con coherencia inteligible,

—Yo opino que las vamos a pasar mal—terminó, doctoralmente.

—¡Tú las pasarás mal, so granuja!—barbotó uno de sus— oyentes, en el colmo de la indignación—. ¡Tú fuiste el que nos metió en el zafarrancho y tú el culpable de que ahora estemos vigilados!

Trató Ambrosio Bustamante de poner cara de crucificado mártir.

—¿Yo? ¡Pobre de mí!—gimió.

Y era sincero, su gemido, porque, como alma en pena, aguardaba el momento en que “él” viniera a “ajustarle cuentas”...

—Tú te crees listísimo — añadió otro, sin el menor sentimiento de compasión—. ¡Muy listo, sí, sí! A ti se te ocurrió a atacar a soldados para que vistiéramos sus ropas y fuéramos a abrir la mazmorra de los tres prisioneros. Y ya hemos visto lo listo que eras. Los soldados nos olieron y ahora están haciéndonos de centinela, hasta que llegue “él”... ¡y voto al cuerno, que “él” sabrá entendérselas contigo!

Volvió a gemir el navarro.

—¡Pobre de mí! Yo lo hice para bueno... y yo opino que cuando bueno es el fin, no hay que recargar demasiado en lo que resulte, sea el resultado que sea.

A la mañana siguiente, Ambrosio Bustamante lucía unas inmensas ojeras, que demostraban que no había dormido un solo instante.

Y arreciaron contra él las cargas, porque los que esperaban que el Pirata Negro viniera a bordo, estaban impacientes para que de una vez se solucionara aquella espera inquietante.

Un jefe justiciero, lo reconocían, pero también duro en el castigo. Y sus piratas habían tomado una iniciativa per sol al, sin recibir orden superior.

—...¡tú fuiste el que dijiste que por ser después de "Cien Chirlos” el más antiguo a bordo, eras de los diez primeros el amo después del capitán! ¡Por ti estamos así!

Exhausto ya en argumentos, el navarro prefirió huir a los acibarados reproches, para lo cual se encaramó simiescamente a la más alta de las torretas de cofa.

Vigía voluntario, donde nada había que ver, divisó cuando aún no había descendido al rancho del mediodía, esperando que los demás durmieran la consabida sienta, un jinete que a un galope desenfrenado entraba en el largo malecón.

El jinete presuroso dirigíase hacia el “Aquilón”, y Ambrosio Bustamante descendió de su refugio alto, para, íntimamente estremecido, salir al borde de la escala.,

Prefería que fuera “Cien Chirlos”, el primero en amonestarle, porque sería anticipo de lo que después vendría cuando el Pirata Negro subiera a bordo.

Por el instante, “Cien Chirlos”, ceñudo el rostro, cosa en él habitual, limitóse a mirar al navarro, como quien está contemplando un fenómeno o una alimaña.

—Hola, compadre. Yo opino...

—¡A tu sitio! ¡Formen en cubierta los diez primeros! ¡Presto! ¡Da el aviso!

Corrió el navarro a advertir a los otros ocho que con él y “Cien Chirlos” formaban el grupo más antiguo que pisaba el “Aquilón”. Supervivientes de muchos combates.

“Cien Chirlos” tenía prisa...

—Orden traigo para que los soldados nos presten sus caballos, que serán relevados en el primer puesto; para continuar así relevándose en los demás destacamentos. Debemos galopar sin raposo hasta dar alance a la vanguardia de fuerzas lanzadas en persecución de los tres fugados. ¡Marchen en tres grupos!

Cuando ya los diez piratas, tras una tarde entera de silla, desmontaron en un destacamento al Este de Santa Fe de Bogotá, para preparar añeros caballos, Ambrosio Bustamante, tímidamente, aproximóse a “Cien Chirlos”, con el cual hasta entonces habían sido vanos todos sus intentos de entablar conversación.

—Yo opino, mi lugarteniente, que veo no debéis.guardarme inquina. Yo lo hice por bien y si me falló, yo opino...

—¡A callar! ¡Monta, tres grupos! ¡Marcha! ¡Piquen espuelas!

Informado ya de la dirección tomada por los escuadrones lanzados en persecución de los tres fugitivos, huidos misteriosamente como si hubieran volado, fue “Cien Chirlos” en cada nuevo destacamento siguiendo las huellas de los perseguidores.

Y dignóse por fin responder al apabullado navarro que insistía en sus gemidos:

—Ya hablarás con nuestro jefe. Yo no quiero asustarte; más de lo que lo estás, pero te advierto que está furioso.

—¡Ay de mí!—murmuró débilmente el navarro—. Yo lo hice por bien, y yo opino...

—Ya opinarás cuando “él” te coja por el costroso cuello — le consoló “Cien Chirlos”.

Tras días y días de incansable galopar, renovando dos veces al día los caballos en cada una de las avanzadillas fortificadas, los diez

piratas llegaron a una extensa llanura.

Junto a un viejo molino de aspas, acampaban numerosos soldados. Llovía menos intensamente que hasta entonces y la tormenta, si bien retumbante, decrecía.

En el interior del molino, tres oficiales departían con el Pirata Negro, mostrándole toda clase de deferencias.

No podían olvidar que, gracias al conde Ferblanc, muchos pueblos del litoral habíanse salvado del azote planeado por el "Corsario Blanco", fracasado en sus sanguinarios proyectos por la audaz intervención del que ahora pidió a los tres oficiales:

—Ruego me dejen a solas con esos diez bergantes, señores. Llueve tanto dentro como fuera de ese viejo molino. Y si la intemperie curte, curtidas estamos todos de esta hecha.

Fueronse los tres oficiales, tras saludos intercambiados, y en el circular recinto, los nueve piratas se alinearon en tres grupos, estando al frente de ellos "Cien Chirlos", que, disciplinadamente, exclamó:

—Presentes los diez primeros, señor.

El Pirata Negro hizo una innecesaria pregunta:

—¿Cómo se llaman esos caballeretes? "

—Ambrosio Bustamante, por "Pencas", Bartolomé Cruz, por "Fierabrás", Juan Pérez, por "Juanelo", Lucio Agudo, por "Rucio",.Jaime Expósito, por "Soñera", Lucas de Teror, por "Carpanta", José Expósito, por "Pachorra", Joaquín Pons, por "Quim", y Pedro Silva, por "Alcornoque".

—Ven acá, don Marcelo. A mi lado.

Colocóse "Cien Chirlos" junto al Pirata Negro y éste rió con breve risa silenciosa. Una risa que no produjo ninguna alegría en los nueve reunidos.

—¿Conque vosotros sois los que con mi lugarteniente formáis los diez primeros? Ha tenido don Marcelo que recordarme vuestros pabellones, porque lo veo y no lo creo. ¿Vosotros, diez piratas de pelo en pecho? Dejadme reír… que luego lloraremos juntos. Vosotros lo que sois es bandada de pichones que se creen tunantes. ¡Hatajo de burros resabiados! ¿Quién os mandó meteros en camisa de once varas? ¿Quién os dio orden para emprender emboscada contra los soldados, que os las dieron con queso como a vulgares piratuchos sin paladar? ¿Di yo la orden, "Pencas"? ¡Adelante un

paso, que quiero verte cerca de mí!

El navarro, resignadamente, avanzó un paso.

—¿Di yo la orden, “Pencas”? ¡Contesta!

—No, señor.

—¿La dio don Marcelo?

—No, señor.

—Tate... ¿Entonces, quién demonio la dio? ¡Contesta!

—Yo, señor.

El puño izquierdo del Pirata Negro partió con tanta rapidez, que nadie lo vio, aunque todos lo esperaban.

Alcanzado en la nariz, Ambrosio Bustamante, avezado a recibir golpes y devolverlos con creces, retrocedió hacia atrás, cayó y levantóse penosamente, partida la ternilla, que sangraba abundantemente.

—Opina, “Pencas”—dijo, suavemente, el Pirata Negro.

Fatigosamente, el navarro explicó:

—Yo opino, señor, que soy culpable. Sírvame tan sólo de indulto, el que lo hice con buen fin.

—¿Qué buen fin?

—Sabía que a ti no te gustaba que el señor Lucientes metiera el cogote debajo del hacha, y yo opiné que...

—Quien opina siempre sale perdiendo, tanto si por bien como si por mal. Vuelve a tu sitio, Bustamante.

Cruzóse de brazos el Pirata Negro, mientras el navarro se reincorporaba a su grupo,

—Los otros ocho no os iréis de rosas. Parecéis haber olvidado que toda la carne de horca que apesta el “Aquilón” me pertenece. Que a bordo sólo opino yo. Y que cuando se realice lo que me ha hecho que os llamara, allá a bordo cada uno de vosotros recibirá once varazos. Os los daréis mutuamente, y al que ponga mano floja, se los daré yo en partida doble. En cuanto a ti, “Pencas”, recibirás veinte. ¿Piensas protestar?

—¡Oh, que no, señor!—exclamó el aludido.

—Ten presente que el jefe siempre cobra más. Ahora a lo mío. Habéis visto que los soldados acampan. Han perdido la pista, por la tormenta. Croen que allá tras la niebla y en la montaña están los tres huidos. Allí... es la tierra maldita y embrujada. La tierra de los jíbaros, esos pequeños salvajes que emplean flechas envenenadas y

a cada prisionero le cortan la cabeza para reducirla a muy pequeña, como adorno mural de sus hogares selváticos. Están las fieras reinando por doquier. Es allá la comarca nunca explorada, porque cuantos allá entraron no han regresado. De muchos de ellos sólo se conserva la cabecita loca, que los jíbaros como promesa de futuros regocijos a quienes pese a la muestra, decidieran meterse allá, arrojaron a tierra de blancos, ¡Bien! Nosotros vamos a ser once cabecillas locas porque vamos a meternos allá. Los soldados si no dan con la pista, tienen orden de acampar aquí, pero no avanzar más allá. Aquella es la tierra embrujada y maldita. Posiblemente algunos de vosotros os ahorraréis las once caricias de vara. Por cierto, que estaréis preciosos con la cabeza reducida al tamaño de un tomate.

"Carpanta" y "Alcornoque" abrieron la boca riendo. Les hacía gracia suponer las cabezas de mus compañeros del tamaño de un tomate.

—No he visto nunca tomates riendo, pero no quedáis mal, vosotros dos, zopencos zoquetes. Vais a formar tres grupos. Mañana, cuando aclare, os internaréis en la montaña. Acercaos. Formad círculo prieto.

Era maniobra muchas veces ejecutada cuando había oídos posiblemente indiscretos.

Reuniéronse los nueve piratas en apretado círculo alrededor del Pirata Negro y su lugarteniente.

—Nosotros, al parecer, también perseguimos. Lo que quiero es que el primero de los tres grupos que pueda hablar con Diego Lucientes, le entregue la corteza donde he escrito yo a punta de buril, algo que no lo borra ni agua ni sangre. Agua hay mucha tras la montaña, y sangre... vosotros veréis. Esta es vuestra misión. Procurar entrar en contacto con los tres huidos, gritando con prudencia antes de acercaros que lleváis mensaje mío. Me bastará con que de vosotros nueve, uno sólo alcance al señor Lucientes.

Hizo Una pausa el Pirata Negro:

—Ahora bien, valientes. Sois los diez primeros y no quiero pérdidas inútiles. Os internaréis sólo cuando tengáis una pista. No quiero, y es orden, que por afán de llegar los primeros, haya grupo que se lance a ciegas. Sólo avanzaréis cuando haya una pista sólida. Veamos, tú, navarro, tienes, olfato cuando opinas con seso.

Mandarás el grupo compuesto por Juanelo y Rucio. Tú, “Soñera”, mandas en “Carpanta” y en “Quim”. Tú, “Fierabrás”, en “Pachorra” y “Alcornoque”. Ahora, a dormir. Ya que os gustan tanto los uniformes, dormid en las tiendas con los soldados.

Fueronse los nueve piratas y Lezama comentó con “Cien Chirlos”:

—Esos son buenos sabuesos. Mañana les especificarás el sitio de reunión será este viejo molino. Y que los que consigan dar alcance al... “Chacal”, a Lucientes y al tártaro, deberán, antes de regresar aquí, recoger a los otros dos grupos. Tú vendrás conmigo.

—Gracias, señor.

—¿De qué, viejo?

—Tú eres el primero de los primeros...

—Y tú el segundo. Torpes, pues, seremos si no vencemos a los otros tres grupos. Durmamos ahora. Esta noche ni el mejor mastín, encuentra una liebre agazapada.

Todos estaban necesitados de reposo y durmieron prolongadamente. Fue el primero en despertarse Carlos Lezama, atraído por el rumor de muchos comentarios.

Dirigióse a un grupo de soldados. Uno estaba explicando al oficial de su escuadrón, que un Jíbaro, desde muy lejos y sirviéndose de lazo hondero como catapulta, había arrojado uní saco.

Un saco que contenía tres cabezas...

El oficial, con evidente asco, contempló en la tela extendida del saco, las tres cabecitas que el soldado depositó encima.

—Mala suelte—dijo, a modo de oración fúnebre, el oficial—. Para eso, los tres condenados más les hubiera valido quedarse en la mazmorra del palacio. Era de esperar... Nadie puede penetrar más allá del castillo derruido.

El Pirata Negro inclinóse y recogió la cabecita de largos cabellos rojo. La contempló, para volver a colocarla encima de la arpillera.

—Terminada la misión, conde Ferblanc—dijo el oficial—. Podemos levantar campo. Llevaremos esas tres cabezas a Santa Fe.

—Hacedlo.

—¿Marcháis en vanguardia o a retaguardia, señor conde?

—Partid. Yo y mis hombres, descansaremos, que falta nos hace.

Poco después, los soldados alejábanse y en el viejo molino sólo

permanecieron el Pirata Negro y los diez primeros.

—¿Visteis? ¿Qué os parecieron las cabecitas locas? Opina, navarro. Pero opina claro.

—Yo opino, señor, salvo tu mejor parecer, que mala estrella tuvo el señor Lucientes. Pero no debió sufrir, porque no tenía mueca de rabia ni dolor.

—Buen carácter que tiene don Diego. Vayamos a lo mío. En toda la montaña, el único edificio es un castillo abandonado. De ahí seguramente partió el jíbaro que trajo esas tres cabezas. Lo saco, en consecuencia, porque tres cabezas como las del “Chacal”, señor Lucientes y el tártaro, no se dejan atrapar si no media emboscada bien planeada y no en descampado. Mi lugarteniente y yo iremos al castillo. Vosotros, a distancia de cinco leguas por cada grupo, iréis batiendo la ladera del monte hasta el castillo. Después que cada grupo se las componga sin olvidar lo que tengo dicho: no quiero cegatos estúpidos acuciados por afán de cazar jíbaros. El grupo que cumpla, recogerá a los otros y el sitio de reunión final será este molino, que no tiene perdida.

Miró el Pirata Negro a instante a “Soñera”:

—¿Por qué pareces despierto marmota? ¿Algo te está asombrando de lo que digo?

—Si los tres perecieron, señor… nosotros ¿cómo vamos a dar con el rastro? Yo creí que tú deseabas emprender expedición de, castigo matando cien jíbaros por la cabeza del señor Lucientes, tu gran amigo.

—Esas tres cabecitas que habéis visto eran magníficas obras de escultura. Pero yo conozco demasiado a don Diego. Aquel no es su cabello, sino crin entintada y la cicatriz de la frente, si bien estaba perfectamente imitada, no lo era. Por algo que se me escapa, han fingido haberles cortado la cabeza. Por de pronto, han conseguido que cesen de perseguirlos les soldados.

A la media hora, el Pirata Negro y “Cien Chirlos”, distanciábanse de los tres grupos que a lenta marcha emprendían la ascensión por la ladera de la montaña, vigilantes y prestos a todo evento.

Rectamente, dirigió Lezama su caballo hacia la cima que, recorrida, revoló en un anillo del claro boscoso, una masa gris achaparrada, con redondas almenas y cerrado puente levadizo.

Pero para instintos ejercitados adivinábase que medio derruido

castillo, no era habitado por guarnición alguna.

Las brechas en la muralla eran altas, denotando que antiguamente algunos cañonazos habían derrumbado piedras.

No había vestigio de vida alguna.

Empinóse el Pirata Negro sobre los estribos, deteniendo el caballo a la entrada del puente,

—¡Hospitalidad para los viajeros! —gritó, estentóreamente.

Sólo se acrecentó el silencio, en contraste con la reciente exclamación.

—A nadie huelo, señor—comentó "Cien Chirlos".

—Gruesos son los muros. Dicen loa oficiales que este castillo está abandonado, porque, es el principio de la tierra embrujada. Hubo uno de ellos, gallego, que llegó hasta más. Aseguró que por noches de fría luna, bailas, en las almenas brujas con coraza de oro, asidas de las manos por gnomos desnudos. Y forman un corro satánico, según el oficial gallego.

—No creo yo en trasgos, señor. Las brujas son comadres y los gnomos enanos.

—Eso es.

Señaló el Pirata Negro el foso seco:

—Demos vuelta a los cimientos. Buscaremos poterna, y en último caso escalaremos si soga formamos con lianas. Yo no sigo camino, sin antes ver lo que tiene este castillo en la panza.

Capítulo II

Lo poesía del geógrafo

—Tal como tos habláis, Víctor Montjoy, sólo pueden hacerlo las almas sencillas, esos espíritus inefables que tienen la felicidad de poseer una sensibilidad poco contaminada por las complejidades y las contorsiones mentales de los habitantes de espacios muy poblados y de rutina diaria.

—En mis soledades he escrito mucho y he leído más. Siempre recuerdo lo que comentaba un agudo pensador refiriéndose a la poesía del paisaje. Siempre, en todo poeta, hay la nostalgia de una pérdida importantísima. Las más do las veces, una mujer. El recuerdo de esta forma huidiza, la rememoración de su antigua presencia, el vacío de su pérdida, centran el pensamiento del poeta, constituyendo la musa inspiradora. Los poetas se inspiran a veces en el dolor de lo que han perdido; otras veces, en el dolor que les produce el hastío de lo que tienen.

—Bien se deja de ver que fuisteis maestro de humanidades en la Sorbona hace... ¿cuántos años?..

—Setenta. Tenía por entonces treinta y siete. Me complace, conversar con vos, Lucientes. Porque sé que me escucháis y comprendéis ya que sois aventurero de la aventura, como otros amantó a una mujer, sino al amor.

—Seguid que me place oíros. Es como si leyera los doctos y amenos párrafos de un pensador amable y sagaz.

—Para llegar a demostraros que la geografía tiene su poesía, es por lo que, nadie mejor que yo, por haberlo experimentado personalmente, puede explicaros por qué hoy vivo plácidamente. En mis tiempos fui poeta, además de maestro de humanidades. Me arroje la primera piedra el que no haya pecado...

Semejaba una conversación en el confortable recinto de un

cenáculo literario.

Sin embargo, se desarrollaba entre Lucientes y un anciano misterioso, magro, casi esquelético, de grandes, ojos azules, calvo y vistiendo larga túnica ceñida por cordón de oro y que era venerado por los jíbaros como Tumuc Humac, el Tayta.

El Bienhechor Amigo, el Padre...

La sala era abovedada, sin más muebles que una mesa que apenas alzaba treinta centímetros del suelo, y pieles tendida con cabecera en relieve a modo de triclinios romanos.

Era la sala donde apenas entrados en el castillo, había conducido Víctor Montjoy a los tres fugados. Una de las salas del castillo abandonado.

—El poeta busca en su imaginación los recuerdos de otros días, pero dado que el tiempo es irreversible, no encuentra más en el vacío de su vida, que figuraciones y añoranzas de su albedrío. El poeta se complace entonces en sus cerebraciones, fustiga su imaginación y macera sus recuerdos. Cae en las angustias de la melancolía. El final de este doloroso proceso es un aumento de vacío, porque lo que sueña no compagina con lo que vive y le rodea. Llega entonces al final de la senda de la amargura, en el más completo abandono de soledad.

—Y se transforma en incomprensible llamado loco, o en tísico agotado por meditaciones y vulgar hambre.

—Pero cuando el poeta tiene la sensación de haber llegado a la suma soledad y al abandono, descubre que la tierra, en forma de paisaje circundante, todavía existe y que ese paisaje continúa siendo bellísimo y que no tiene la menor culpa en las aventuras del poeta. Entonces el poeta se siente recogido y acompañado y como encunado en un pedazo do geografía. Y entonces el poeta canta, agradecido y tembloroso el paisaje, fuente de su placidez y consuelo. Es decir, descubre el único simulacro de felicidad que nos es dable tener en la vida. 1

—Magníficas conclusiones, señor Montjoy.

—Las leí en conferencia de docto y ameno maestro catalán. Y luego me fue dado vivirlo y comprobarlo. No os Le dicho aún cómo llegué a esta hermosa tierra.

—Insinuasteis que os fatigó París.

—Porque... había una mujer. Era... dejadme recordar... Hace de

ello ochenta años... Laceró mi corazón juvenil por espacio de diez larguísimos años, que siglos me parecieron entonces. Era espiritual, bonita y dulce. ¿Cómo no? Y si no lo era, esas cualidades le atribuí, que cualidad de enamorado es prestar hermosuras de alma y cuerpo. Quizá en esa materia más docto seréis que yo, puesto que sólo amé una vez con total entrega.

—Yo también. Después... amé mucho por espacio de tres meses a lo sumo, aunque al inicio juré sinceramente eterno amor. Pero al igual que ellas físicamente nos engañan con adornos que disimulan defectos o exageran cualidades anatómicas inexistentes, así son en espíritu. La que dice ser reservada, es hipócrita, la que dice ser discreta es tonta, la que dice ser tarda de mente y pensativa, sufre cretinez y la que pone ojos lánguidos y románticos es, que padece del hígado. Pero nosotros las atribuimos lo que de ellas anhelamos. Es como en las posadas españolas: el viajero sólo coime en ellas lo que trae en sus alforjas. Muy míos son esos pensamientos, y pueden demostrar dos cosas: o que soy un presuntuoso amargado, que por un desengaño las califico a todas por igual, o que he tenido la desventura de alternar en ambientes donde no podía hallar a la mujer buena y dotada de las cualidades que en vana pretendía hallar. Mi único desengaño fue mi primer amor, porque parecía un ángel y era un compendio de maldades. Después... todas fueron como el segundo vino después de la primera borrachera. Se sabe beber, se bebe con desconfianza y en ninguna podemos creer. Pero ahora que ya sabéis mi romántica historia, contadme la vuestra que no dudo será infinitamente más interesante.

—Era alumna mía. Le daba yo clases en su mansión. Quería aprender, deseaba saber. Por espacio de cuatro años fui su maestro, procurando embellecer las áridas filosofías. Era una mujer sin pedantería que juraba no poder amar más que a un hombre de su espíritu. Se casó con un viscoso y robusto mosquetero, incapaz de discernir entre un círculo y un triángulo. Me amargó verla feliz, y cuando no pude soportar más la envidia de que otro la hiciera dichosa, partí, en goleta que con fuerzas francesas pretendía establecer una fortaleza en una de las desembocaduras del gran Amazonas. Os hago gracia de las muchas calamidades por qué pasó 1a expedición. Sólo yo logré salvarme... porque enamoróse de mí la hija de un cacique jíbaro. Curé a enfermos. Me quisieron. Fui para

ellos una especie de curalotodo, tanto dolencias físicas como pensamientos incomprensibles para sus sencillas mentes. Muchas son las jóvenes que vienen a consultarme sus primeros desasosiegos amorosos, muy pueriles. Pero lo que me hizo ser Tumuc Humac, fue que logré lo que parecía imposible: conciliar dos razas opuestas. La de los jíbaros… y una extraña raza de la cual os hablaré después.



—¿Cómo podéis saberlo?

Entró en la sala Cheij Khan seguido por Tartar.

—Hemos recorrido todo el castillo, Víctor Montjoy. En efecto, está deshabitado, pero anoche vinieron aquí seres extraños.

—Luego os lo explicaré.

—Gracias al catalejo que me habéis prestado, he avizorado la llanura. Los soldados se han ido. Ha cesado la persecución.

—Puede ser trampa para que confiemos—dijo Lucientes.

—No es trampa—dijo afablemente el anciano.

—¿Cómo podéis saberlo?

—Ellos se han ido, porque llevan como muestra de la inutilidad de continuar la persecución vuestras tres cabezas.

Los grandes ojos, azules del centenario refulgían intensamente en su apergaminada y esquelética faz.

Pero tenían el mismo fulgor de un pueril infante anunciando una argucia ingeniosa.

—Nunca estoy cierto de la solidez de mi propia cabera, pero en estos momentos estoy muy convencido de que la sostengo firmemente sobre mis hombros—dijo Lucientes, dando con el pulgar en la frente.

—Los jíbaros dominan, como les expuse, la artística escultura de moldeamiento, que convierte en minúsculas cabezas las que cortan. No alteran en nada sus rasgos, sino que simplemente los disminuyen. Pero Chuca-Huc es el mejor escultor jíbaro. Es artista intuitivo, y haría furor en las cortes parisinas, por su perfección y justeza en la reproducción de cuanto ve. Esta noche, mientras dormíais, señores, él dibujó con exactitud vuestros semblantes, con todas sus características. En los turnos de vigilancia, supo plasmar la expresión de vuestras, pupilas. Después…, posee gran número de materiales, con los que, a falta de material humano, se ejercita. Pupilas de tigre, de lobo, de jaguar, de gacela… Delicadas pieles del vientre de cervatillos,..

—¿Con qué finalidad reprodujo nuestras cabezas? — inquirió Cheij Khan.

—Primordialmente alejar a los soldados. Y para mis efectos, demostraros que, si queréis, libres sois de volver a la civilización. Tenéis temples que no toleran imposiciones. Es, pues, por persuasión que quiero demostraros que vos, capitán Cheij, y vos, señor Lucientes, hallaréis la paz espiritual que tanto ansiáis en el Edén de las Mariposas.

—El Edén de las Mariposas…—repitió, soñador, Lucientes—. Me complace. Poseo fértil imaginación, señor Montjoy, pero no os extrañe si os pido me ayudéis. Somos míseros blancos, extraviados, que por ahora disfrutamos de vuestra rarísima hospitalidad, en la zona limítrofe con la tierra llamada embrujada y maldita.

—Llamaron así a esta comarca inmensa que se extiende más allá de esta montaña, los muchos, españoles conquistadoras que trataron de penetrar en ella. Son varias las barreras que se opusieron a su triunfal paseo por doquier del resto del continente. Barreras naturales, tales como la selva ecuatoriana, con sus variados componentes de la más diversa fauna. Grandes monos, onzas, jaguares, tigres, gatos monteses, reptiles, saurios, arañas gigantes…

—Encantador recibimiento.

—Era el menor de los peligros. Después de la selva, los que lograban franquearla se hallaban ante un río caudaloso, el Branco, afluente principal del Amazonas, donde la muerte acecha constantemente a los audaces que intentan atravesarlo sin conocer el único lugar fácilmente vadeable. Después, una ancha zona desértica, donde con frecuencia se levantan tormentas de arena, ha servido de tumba, calcinando muchos huesos humanos. Esos son tan sólo los elementos naturales que forman barrera delante del Edén de las Mariposas, la tierra a la cual os conduciré.

—¿Qué otras diversiones ofrece la comarca a quien viajase por ella sin guía?

—Los jíbaros.

—Ellos solos ya valen por todo el resto de la launa.

—Pero hay una tribu todavía más peligrosa.

—Sólo he oído hablar de jíbaros.

—El mayor peligro al que aludo son las Damas del Arco.

—Anoche una vimos — intervino Cheij Khan—. Era una mujer de fuerte constitución, de largos cabellos dorados y coraza do oro. Tenía atravesado al hombro un gran arco.

—Era Yohanna. Una de las principales reinas del Edén de las Mariposas. Mujeres guerreras, que han declarado la guerra a todo hombre: las que han dado nombre al río mayor del mundo.

Diego Lucientes sonrió primero, después rió silenciosamente, para al fin estallar en carcajada prolongada, irónicamente divertida.

Víctor Montjoy, Tumuc Humac, el Bienhechor Amigo para jíbaros y amazonas, le contempló sin enfado. Más bien diríase que en sus azules pupilas anidaba diversión.

—Perdonad, Tumuc Humac—resumió Lucientes, terminando de reír, pero bailándole en el rostro la mueca traviesa del truhán burlón—, me ha causado regocijo que pretendáis contamos la leyenda de Herodoto, que hace ya muchos años habló de una supuesta raza de mujeres caballistas, tirando venablos con potentes arcos y viviendo sin hombres.

—Sois escéptico e incrédulo, como lo sería yo en vuestro lugar, señor Lucientes.

—Decidme, señor maestro, como si fuera yo un discípulo que se las da de tunante: Yo he visto con mis ojazos la dama Yohanna,

pero no me basta para creer en amazonas.

—¿Por qué dudáis?

—Vos afirmáis que viven sin hombres. ¿Cómo mil diablos entonces subsiste la raza? No creo en la teoría de la generación espontánea. La flor necesita ser fecundada...

—Hubo un valiente español, el capitán Orellana que tras muchas vicisitudes, recorriendo el Branco hacia el caudal central, divisó caballos montados por Damas del Arco. Él propagó, tras lograr milagrosamente huir, esta supuesta leyenda, que ha dado definitivamente el nombre de Amazonas a este río desconocido. Yo os puedo descifrar el enigma. Cuando Orellana divisó a las Damas del Arco, presenciaba, siendo el primer ser blanco que tuvo tal oportunidad, las primeras jóvenes por mí instruidas.

—¡Repámpanos! ¿Vos habéis sido el padre de las Amazonas?

—No me disgusta ni ofende vuestro humorismo, señor Lucientes. Me recordáis el aticismo de que se hace gala en los salones cortesanos. La explicación del nacimiento de las Damas del Arco es sencillísima, como toda revelación que puede hacer el que conoce el secreto. Ellas son descendientes de la colonia de aventúrelos holandeses, que, con sus mujeres, intentaron establecerse en la margen izquierda del Branco, atraídos por el ero.

—Si así es, la leyenda es explicable. Pero entonces las, Damas del Arco viven, con maridos.

—No.

—Entonces... no entiendo nada de nada.

—Trataré de hacerlo claro. Las Damas del Arco sumarán, en conjunto, una decena de millar. Se dividen en treinta pequeños reinos, cada uno de los cuales elige a su reina. Ésta, a su vez, elige diez damas de corte. Y estas, once son las únicas que, por libre elección, casan y procrean.

—¿Con jíbaros?

—Éstos odian a las Damas del Arco, por un complejo de talla. Sí, sí; les humilla que, mujeres si bien hoy selváticas, descendientes de raza blanca, les, doblen la estatura. Se odian entre sí, pero yo he logrado que vivan en paz.

—Entonces, ¿dónde demonios eligen ellas los maridos?

—Muchos aventureros, por distintos lugares, llegan a estas comarcas. Todos, ellos suelen ser decididos, arrogantes, viriles... Las

Damas del Arco que no pertenecen a las once reinantes, apresan a muchos. Si no son favorecidos físicamente, o no atraen la atención de las que entre las once permanezcan aún vírgenes, las Damas del Arco entregan los prisioneros a los jíbaros.

—Voy vislumbrando — dijo Lucientes, con risa picaresca—, O me caso o me cortan el cuello.

—Perdonad... Queda otra posibilidad: Que yo designe a un prisionero como jefe de jíbaros, delegando en él mi autoridad. Pero vos no os debéis considerar prisionero. Varios son los aventureros que, por mí elegidos, contribuyen a que el Edén de las Mariposas sea remanso de idílica, paz. Pero son hombres que han renunciado a las pasiones humanas, dominándolas. Desprecian el oro, son indiferentes al amor, y sólo quieren soledad en paisaje único.

Cheij Khan preguntó:

—¿Qué finalidad obtenéis con desear que nosotros formemos parte de vuestro supuesto Edén?

—Todo acto de civilizado tiene una finalidad. Yo sólo me propongo consolidar un reino, que es el soñado por todos los utópicos. Un mundo feliz, que quizá en venideros siglos será el ansiado refugio al cual vendrán los que no puedan resistir el embate trágico de la civilización, al culminar en su progreso destructivo.

—¿Cuál es ahora vuestro propósito por lo que a nosotros se refiere?—Inquirió Cheij Khan.

—A vos, daros olvido. Os sumergiréis en la naturaleza. Adquiriréis un estado libre de primitiva sencillez. Hallaréis olvido, paz y satisfacción.

—¿A mí?

—A vos, señor Lucientes, haceros vivir la más maravillosa de las aventuras, y tal vez muera en vos el hábito de analizar y considerar todo desde un punto de vista escéptico. En cuanto a Tartar, que se reconoce esclavo del capitán Cheij, será lo que vos decidáis, capitán Cheij. —Hizo una pauta, el centenario, para añadir:

—Percibo incredulidad en vuestros ojos, capitán Cheij. Es natural, porque procedéis de tierras falsas, donde la falacia impera. Ahora os anunciaré los peligros que es aguardan. Partiremos inmediatamente, y os mandaré aviso por mi nieto favorito Augusto. Pero antes sabed que las ambiciones humanas deben aniquilarse al penetrar en el Edén de las Mariposas.

—¿Qué pintan las Mariposas en nuestro futuro Edén?

—Una flora nunca vista. Grandes pétalos que semejan mariposas, y mariposas que parecen flores bellísimas, bordean los canales en que el Branco se ha dividido, por la labor de los jíbaros, bajo mi consejo, os acompañaré, y mientras yo os considere amigos míos, por ser desengañados, ningún temor tengáis. Es la época en que verifico un largo viaje recorriendo todos los reinos, aconsejando y ajusticiando. Excusad el orgullo... Pero no hay en el mundo entero un rey que pueda afirmar como yo que mi dominio es absoluto, sin requerir del apoyo de ejércitos.

—Y en vuestra ausencia, ¿queda el castillo vacío?

—No. Las Damas del Arco lo custodian ocultas.

—Entonces si hubiéramos llegado hoy, no habríais sido vos el que nos habría recibido.

—Habrían sido ellas..., lo cual lo hubiera lamentado.

Levantóse el anciano, lenta y trabajosamente. Su voz temblorosa y su andar vacilante, parecían el habla y la marcha de un cadáver viviente.

Pero sus ojos condensaban una energía sobrehumana.

Desde el umbral volvióse:

—Hechos mis preparativos, os enviaré a Augusto.

Desapareció, y a la señal de Cheij Khan, Tartar colocóse en la puerta, vigilando el ancho corredor de armaduras.

—¿Qué decides, Lucientes?

—La curiosidad no es, como pretenden, patrimonio femenino. Debo confesarte, muchacho, que estoy como un niño ante un palacio cerrado, cuya puerta es de azúcar, pintado y adornado con chocolate. Allá tal vez encontraremos por algún tiempo quietud.

—Tumuc Humac en un apóstol, al parecer.

—Mis dudas tengo.

—Lo cierto es que, si bien pretende que podemos regresar adonde procedemos, miente.

—¡Ah, ah!... ¿También tú fingiste no darte cuenta de su mentira?

—Nos reveló cuanto desconocen quienes residen más allá, al oeste de esta montaña. ¿Iba a dejarnos volver?

—Seguro que no... Lo impedirían sus jíbaros y sus damas. De eso me di perfecta cuenta.

—Pero, ¿qué fin persigne estando ya con un pie en el sepulcro, al cantar las excelencias de su reino increíble?

—Eso es lo que quizá allá sabremos. Por el instante, seamos dóciles. El Edén de las Mariposas debe ser lo más propicio para descansar una temporada. Que nos olviden allá en lo que no es edén, porque hay verdugos.

Volvióse Tartar, impasible como siempre el semblante, pero los dos aventureros callaron.

Entró el muchacho esbelto y musculado, de largas trenzas, y en cuyos incisivos brillaban pequeñas esmeraldas incrustadas.

—Tayta Tumuc Humac espera para emprender el largo viaje.

—¿Vienes, tú también?

—Yo soy el nieto preferido de Tumuc Humac—replicó el adolescente, con orgullosa entonación.

—Bien, En marcha—dijo Lucientes encogiéndose de hombros—. También nosotros podremos ser los hijos preferidos de Tumuc Humac.

Salieron del castillo, siguiendo los pasos de Augusto, el cual, en el gran establo sin caballos, abrió una disimulada puerta.

Sostenida por ocho jíbaros, una gran litera de cortinas, ahora abiertas, permitía ver a Víctor Montjoy, el misterioso Tumuc Humac, reclinado.

Encabezó la comitiva Augusto, montando un pequeño caballo negro.

Tras él, la litera, y a caballo, cerrando la marcha, los tres aventureros.

Hacía tan sólo dos horas que había amanecido.

Capítulo III

La humillante autoridad

El hondo foso seco que rodeaba el castillo, aumentaba el eco de las pisadas de los cascos, en medio del absoluto silencio que dominaba.

Tras dar la media vuelta entera, ambos jinetes volvieron a encontrarse.

—Nada, señor. No hay poternas ni ventanas bajas que puedan permitir entrada.

—Lo mismo te digo, guapetón.

Carlos, Lezama apoyóse en el arzón.

—Y no obstante, viejo, tengo el presentimiento de que nuestros tres perseguidos buscaron refugio aquí. Los soldadas hasta acá llegaron, y no hallaron, más allá de esos muros, rastros de los tres jinetes.

—Tengo gancho, señor—dijo "Cíen Chirlos", al parecer incongruentemente. A la vez señalaba, colgante de su cinto, el recio garfio marinero de hierro que, al extremo de soga, servía para escalar.

Un instrumento que en sus expediciones terrestres ya no quería olvidarse el viejo pirata, desde su caída en el foso de la mansión particular de Gregor Fedoropoulos.

Miró Lezama hacia lo alto, mientras poniendo al paso el caballo deshacía lo andado.

De nuevo, ante el puente que conducía al levadizo cerrado, señaló el alto rastrillo que coronaba el remate del levadizo.

—Como primera presa, es la adecuada. De ahí veré, y si conviene, más arriba lanzaremos el garfio. Ahora, con un ojo mirando los cortes de las mejores lianas, y el otro atisbando la posible interrupción de enanos cortadores de cabezas

desprevenidas. Este castillo no me convence, guapetón. Parece muerto... y, sin embargo, hay como el hálito de una vida recóndita, que ni es de brujas ni de gnomos sino de seres con carne y hueso.

Retrocedieron. y por espacio de media hora, reuniendo fibrosas lianas, trenzaron cada uno desde un extremo, y desde las sillas de sus caballos, voluminosa soga recia.

Al estar juntos los caballos, desenrolló "Cien Chirlos" la soga ya terminada, para mostrar el garfio reciamente envuelto en su remate con uno de los dos finales de la improvisada cuerda.

—¿Lanzo, señor?

—Nadie mejor que tú.

"Cien Chirlos" avanzó para detener su caballo a unos dos metros del puente levadizo cerrado.

Fue volteando la cuerda por encima de su cabeza, yendo a cada giro dando más largura al lazo.

El primer intenta produjo un ruido opaco al chocar el garfio contra el enrejado, sin hacer presa.

Repitió, y en su segundo intento, el garfio mordió hierro, permaneciendo la cuerda tensa.

Aproximóse Lezama, asiendo el remate de manos de su segundo.

—Si hay novedad, dispara. El ruido quitará a un enemigo y a la vez atraerá a los nueve exploradores.

Púsose en pie sobre la silla, y saltando, salió proyectado contra el puente levadizo, en cuyos hierros apoyó los pies.

En un instante estuvo arrodillado en el resalte, mirando a través del enrejado.

No distinguía más que un pasadizo en su principio, obscuro y sin armeros, como era usual en cantillos o fortalezas habitados y guarnecidos.

Desprendió el garfio, y volteándolo, logró hincarlo en el resalte de un torreón de la primera almena circundante.

Ascendió a fuerza de puños, y ya encaramado en uno de los baluartes, hizo una señal de espera al jinete que, desde abajo, pistola en mano le miraba.

Saltó al interior, y tensos los músculos, preparado a, toda eventualidad; recorrió la descubierta almena.

Se detuvo asombrado, al divisar desde lo alto el estanque donde los dos cisnes deslizábanse majestuosamente.

El jardín cuidado, los dos cisnes...

Redobló la atención, alertas los sentidos, mientras descendía las escaleras para penetrar en el patio.

Dirigióse corriendo hacia el pasadizo, desenvainada la espada.

Entró en el aposento del trono, que maniobró rápidamente, hasta que cesaron los crujidos anunciando que estaba libre el acceso ni castillo.

Y salió para montar a caballo, regresando de nuevo al interior seguido por “Cien Chirlos”.

—Hermoso jardín. ¿Quién lo cuida?

—Los cisnes están cebados y lo» setos tienen corte de podadera, señor.

—Abierta está la puerta y rechina espantosamente. La oiremos si pretenden cerrarla.

Picó espuelas para obligar al caballo a trepar los escalones, penetrando después en un corredor, a cuyos dos costados alineábanse armaduras mohosas.

“Cien Chirlos”, con la culata de la pistola, iba golpeando a diestro y siniestro las corazas, y el sonido de vacío demostraba que no estaban ocultando posibles enemigos.

Ante una puerta que acababa de empajar, comentó el Pirata Negro:

—Aquí hubo quien bebió y comió. ¡Coge la brida!

Y a la vez que pronunciaba su orden, saltó Lezama al suelo para entrar en la sala donde, cuatro horas antes, Lucientes y Cheij Khan cambiaban a solas sus comentarios.

Junto a un frasco vacío recogió el Pirata Negro lo que le había llamado la atención.

La manopla azul que cubría la diestra de Diego Lucientes...

—No es descuido. Don Diego la ha dejado aquí.para que quien lo conozca, sepa que por aquí pasó. Y... ¡puede estar aún aquí!

El castillo fue recorrido minuciosamente. La última estancia, el establo, también vacío, dejó ya en el Pirata Negro la convicción de que actualmente no había nadie en el castillo.

—Puede haber sótano de entrada especial, señor.

—Algo hay cierto, viejo. Dejó don Diego su manopla. Tenía, pues, las manos libres.

—También, señor, si me lo permites, pudo ser quien le apresó

que dejara la manopla como señuelo.

—¿Para llevarnos dónde?

—Hacia donde señala eso que tú mismo estás mirando, señor.— Y el lugarteniente indicó las visibles huellas de cascos que, arañando el suelo, dirigíanse hacia un lugar de la pared.

—Ésta es una salida, pero que debe abrirse desde el exterior. ¿Ves tú, o han palpado tus manos resaltes que no viera o no tocara yo, don Marcelo?

—Nada he visto ni tocado, señor. Pero por aquí habrán salido, de eso no dudo.

—Hacia el este. ¡Salgamos!

Al descender las escaleras, el caballo de "Cien Chirlos" resbaló, y doblando los remos traseros, rodó hasta quedar tendido en el rellano frente al jardín.

—Quebróse la pata—¡se lamentó "Cien Chirlos", prodigando inútiles esfuerzos en intento de levantar al caballo.

Logró llevarlo casi a rastras hasta las cercanías del estanque, destrozando flores y parterres, y derrumbando algunos de los setos quebrados por el caballo inválido.

—Remátalo—dijo el Pirata Negro, impaciente—. No hay tiempo para ponerle zanco.

Se inclinó para desmontar y acercarse al caballo sentado sobre sus cuartos traseros.

—Lo siento, buen amigo, pero has sido inoportuno...

Cesó de hablar para enderezarse, con las dos manos aplicadas al cinto...

Imitóle "Cien Chirlos", pero ninguno de los dos actuó...

Rodeando el jardín, y surgiendo de los setos donde habían estado agazapadas, varias, mujeres, tensos los arcos, apuntaban con largos venablos hacia los dos hombres.

—Quieto—dijo en voz baja el Pirata Negro—. Mataríamos algunas, pero nos matarían... ¡Maldito seas tú y tu frágil penco!—Y apresuradamente añadió: —Que te sirva, de escudo en caso de apuro.

Levantó las, dos manos para apoyárselas en los codos, cruzando los brazos, y sonrió tratando de aparecer amistoso.

En lento giro, sumó trece arqueras, de hostilidad evidente en los ojos alerta tras los largos venablos, que con soltar la mano derecha

hundiríanse mortalmente en los dos hombres…

—Copados—dijo irritado íntimamente—. ¡Y por hembras!

Retrocedió para apoyar las espaldas contra el caballo. Alzando la voz, trató do dar tranquila entonación a sus palabras:

—Os calmaréis, hermanas. Si entendéis español, sabed que no buscamos más que a tres amigos perdidos por esos contornos. Somos españoles y galantes. No podemos luchar contra mujeres.

Una voz grave, autoritaria, gritó:

—¡Apartad de los caballos! ¡Sois presos! Moriréis si no os quitáis los cintos. No repliquéis, o trece venablos atravesarán vuestros cuerpos.

Alzó Lezama su brazo derecho.

—No queremos pelea, pero tampoco queremos ser presos.—Y hablando miraba a la que, tenso el arco, había lanzado sus órdenes.

Era una mujer alta, esbelta, vistiendo falda corta, sandalias y coraza de escamas de oro superpuestas.

Sus larguísimos cabellos castaños tenían reflejos cobrizos, cayendo sobre sus hombros.

Tenía el rostro de facciones regulares, acerados ojos grises, pulposa boca y breve nariz recta.

—Yo soy Carlos Lezama—añadió el Pirata Negro—. Busco a tres amigos extraviados. Creí que el castillo estulta deshabitado, y pensaba seguir camino. Al primer silbido de venablo, morirían, antes que nosotros, tres o cuatro de tus arqueras. En un jardín tan delicioso, hecho para oír susurros de amor, sería fea acción morir quienes no tenemos motivo de odio. ¿Quiénes sois, y quién eres tú, bella arquera?

“Cien Chirlos”, agazapado tras su caballo sentado, mascullaba sordas imprecaciones, sintiéndose culpable.

—Ríndete y no morirás—dijo la que había hablado antes.

—Me rindo a la mujer que sólo tiene sus armas naturales: Dulzura, amabilidad y encanto.

La de los cabellos cobrizos inclinó el venablo hasta que la punta acerada rozó el suelo. Distendió el arco.

—Soy Nina Huarmi, reina de las Urpi. Tú y yo, sin armas, podemos parlamentar.

—Eso quiero, Nina Huarmi. Parlamentar, porque habrás de admitir que la autoridad de mujer con armas amenazando es

humillante para el más paciente de los hombres.

Nina Huarmi arrojó su arco al suelo, avanzando tres pasos con andar decidido.

El Pirata Negro desciñó su cinto, avanzando también tres pasos, después de que sus armas cayeron junto a “Cien Chirlos”.

—Bello es tu nombre que no entiendo, Nina Huarmi. Hablas español como yo.

—Nina quiere decir joven, y Huarmi, fuego. Dijo Tumuc Humac, cuando fui elegida reina de las Urpi, que yo era un fuego naciente, que como el volcán late bajo nieves de cumbres.

—El poeta Tumuc Humac supo ver el fuego oculto tras el gris de acero de tus ojos sin amor. No ya por español, Nina Huarmi. sino por hombre enamorado de la belleza y de cuanto sea delicado, te suplico que no brille la hostilidad en tus ojos.

Avanzó la amazona dos pasos más…

Hizo lo propio Carlos Lezama, y estuvieron ya los dos a la corta distancia de un largo de brazo.

—Oí hablar de una leyenda de amazonas, cubierto el busto con oro. Tú eres muy joven, Nina Huarmi.

—Hay luz de luna entre tus negros cabellos, español.

—¿No eres española?

—Mi raza es única. Sangre de aventura me dio nacimiento. Mi madre murió a caballo matando. Mi padre sucumbió a la fiebre del oro y Tumuc Humac dio orden de muerte contra, él, y los enanos cortadores de cabezas la cumplieron.

—Tu voz es grave y tus palabras tienen frialdad.

—Tu voz es sonora y tus palabras no son torpes.

—No eres una salvaje sin letras.

—Tumuc Humac, el Tayta, nos da lecturas buenas. Y sus enseñanzas y consejos son de padre.

—Quisiera conocer a Tumuc Humac para felicitarle. Pero también para reprocharle que en delicada mujer como tú quiera hacer guerrera dura e insensible. Tú eres muy joven, Nina Huarmi.

—Diecisiete años tengo.

—Puedo, pues, ser también tu consejero.

—Si Tumuc Humac lo quiere, tú puedes ser el Camac de las Urpí.

Sonrió el Pirata Negro a su pesar.

—En tus labios me gusta este alegre gesto—dijo ella.

—Empleas palabras que sin querer me causan alegría, Nina Huarmi. ¿Qué es Camac y quiénes son las Urpí?

—Cada reino del río Branco tiene un nombre, que Tumuc Humac decidió. Las Urpí son las tórtolas que abundan en nuestro reino, y así son llamadas mis arqueras.

—Las tórtolas matan de amor con arrullos... no con venablos, Nina Huarmi. ¿Por qué no los dices a tus tórtolas que dejen de amenazar? Es humillante.

—Dos de ellas apuntarán a las espaldas de tu hombre. Dile a él que si sí mueve o hace gesto de lucha, morirá.

—¿Me lo mandas o me lo ruegas, Nina Huarmi?

—Yo soy la reina de las Urpí! ¡Tú eres mi prisionero!

—Así no nos pondremos de acuerdo, hermosa muñequita. Yo te suplico, y a nadie suplico, que seamos amigos. Ruégame que le diga a mi hombre que os considere muñecas sin veneno.

—Ruego que le digas a tu hombre que nos considere muñecas sin veneno.

Volvió Lezama el rostro:

—No te muevas, viejo. Pon las manos encima la silla del caballo.

Obedeció "Cien Chirlos", y Nina Huarmi, fijos los ojos en la sonrisa de Lezama, gritó:

—¡Dos arcos a la espalda del hombre viejo! ¡Arrodilladas!

Las amazonas distendieron sus arcos, menos dos, que continuaron apuntando tras "Cien Chirlos".

Las que aflojaron la tensa cuerda, mantuviéronse, sin embargo, con el venablo dispuesto. Doblaron una rodilla...

—Me has llamado muñeca—dijo la reina de las Urpí.

—Me cuesta creer en tu realidad.

—¿Qué es una muñeca? Me gusta.

—Es la niña bonita con la cual se adornan las alcobas de los niños. Y es también la mujercita que inspira ternura a un hombre ya viejo como yo.

—Tú no eres viejo. Tu rostro es duro. Tu mirada es juvenil y tiene brilló audaz. Eres fuerte, y al hablarme ahora, sabes hacer que tu voz me ampare, Sin enemistad ni dureza. Puedes ser el Camac de las Urpí.

—Si estuviera aquí uno de los tres hombres que busco, te diría

que tu hablar es gracioso. ¿Qué es el Camac?

—El animador, el dador de vida. El único hombre que puede ser amigo de todas las Damas del Arco.

—Eso quiero, Nina Huarmi. ¿Y quién es Tumuc Humac?

—Nuestro bienhechor, nuestro padre, nuestro rey. Él puede permitir que tú seas el Camac de las Urpí. Soy reina reciente, y seis de mis arqueras no tienen Camac.

Sonrió Lezama, divertido íntimamente, pero también con un solo propósito: llegar a verse ante su hijo...

—Llévame, pues, ante Tumuc Humar.

—Partió con los tres aventureros-que anoche aquí llegaron.

—¿Uno de ellos tiene rojos cabellos?



—Entonces... ¡llévame pronto ante Tumuc Humac!

—Sí.

—Entonces... ¡llévame pronto ante Tumuc Humac!

—Yo solo puedo llevarte al reino de las Urpí. Y allí vendrá Tumuc Humac. Ahora quédate con tu hombre junto al estanque. He de hablar con mis arqueras.

Fue retrocediendo ella… En sus ojos había menos dureza… Carlos Lezama, al estar junto a “Cien Chirlos”, murmuró:

—Parece un cuento de hadas, viejo. Pero los arcos y los venablos no son, cuento, ni tampoco son hadas esas mozas.

—Habla raro, señor, esta “mandona”.

—Resulta humillante, pero es así, don Marcelo. Estamos a merced de todas ellas por dos razones: porque hay venablos apuntando nuestras espaldas, y porque la que me hablaba nos llevará ante el que se ha ido con Cheij, Lucientes y el tártaro.

—¿Qué tierra es ésta, señor, donde las mujeres llevan las armas y la voz de mando, y no hay hombres a la vista?

—Lo ignoro.

Regresaba Nina Huarmi, la cual hizo una señal algo imperativa.

Avanzó Carlos Lezama:

—Tú hablaste con tu hombre. ¿Qué decías?

—Se pasmaba él de que aquí lleven armas las mujeres, y, por lo tanto, sea de suponer que los hombres enciendan el homo para calentar los guisos.

—¿Qué más te decía?

—¿Es orden o ruego?

—¡Soy Nina Huarmi, la reina de las Urpí!

—Pues soy yo hombre que reina en el mar lejano y no obedece órdenes, de mujer, sino que es esclavo de sonrisas y ruegos. Tú eres Nina Huarmi y yo soy conde Ferblanc. ¿No prefieres ser mi muñeca y yo tu Camac?

La reina de una de las tribus de Dama del Arco esbozó un mohín extraño, en que se mezclaban enfado y desasosiego.

—Tumuc Humac decidirá. Yo he dicho que si él acepta, tú puedes compartir mi trono.

—Honor inmenso, Nina Huarmi.

—Ninguna Reina tiene Camac de tu presencia.

—Ningún rey tendrá más bella compañera.

—Tú serás mi dueño, pero ahora debes obedecerme… Te ruego que permitas que mis manos te aten al arzón de tu caballo, y a tu hombre le daremos otro caballo. Partiremos al anochecer, cuando

los enanos custodien el castillo. Iremos a mi reino, y allí vendrá Tumuc Humac y sabrás de tus tres amigos.

—¿Si me negara, qué sucedería, muñeca?

—Mis arqueras te atravesarían, porque no eres aún Camac de las Urpí hasta que Tumuc Humac no lo acepte.

—Nunca me vi en esta situación, pero es tan imperioso mi anhelo de reunirme con mis tres amigos, qué consiento en la humillante autoridad de tus mandatos.

—No es humillante. Es ley del Edén de las Mariposas.

Arqueó Lezama las cejas en irónica mueca.

—La ley debe acatarse. Pero nunca permití que me ataran las manos.

—Tienen mis arqueras el temor de que pretendas matar o huir. Dice la más sabia que eres peligroso.

—Confío en ti, Nina Huarmi. Hay bondad en tus ojos cuando quieren olvidarse de que son grises y amenazadores.

—Y los tuyos son amables cuando me miran, y en tus labios se enciende luz de alegría. Te ruego que hasta el último rayo de sol, no te muevas de este sitio. Entonces tendré que rogarte que me dejes atar tus manos, y una de mis arqueras ate las de tu hombre.

—Tus ruegos son órdenes para mí y soy tu esclavo, Nina Huarmi.

Regresó el Pirata Negro junto al estanque, en cuyo reborde se sentó.

—Ven acá, viejo. Sin armas y tranquilamente. Ésos son dos cisnes, y nosotros hemos sido dos gansos. Ahora dependemos de estas mozas, y creo que nos irá mejor que andar a solas por esa tierra extraña.

—Yo tuve la culpa, señor.

—No. Igualmente nos habrían copado. Y ahora, dale gracias a mi fascinador aspecto, que al parecer ha hecho “tilín” a la muñeca que tú llamas mandona. Ha prometido hacerme eso que llama Camac, pero lo esencial es que espero no llegar a rey, sino simplemente a verme ante “El Chacal”.

Capítulo IV

Primer grupo

Los tres hombres iban con sus anchos cuchillos cortando algunas lianas que colgantes enraizaban alrededor de retorcidos, brotes, impidiendo el paso.

Estaban a unas diez leguas al oeste de la montaña donde se erigía el castillo medio derruido.

Uno de ellos alzó la mano armada:

—Alto, compinches, hay que pensar.

El que había hablado era ancho y voluminoso. Su rostro rezumaba fiereza, y no era error de naturaleza. Bartolomé Cruz, apodado “Fierabrás”, instituido en jefe del primer grupo, era poco propenso a sentimentalismos.

De los otros dos, uno secó el machete impregnado de savia, haciendo lo con gestos parsimoniosos. Era rechoncho y de rostro calmoso, calma que se leía en todos sus ademanes y palabras.

El otro, frunciendo las cejas como si reflexionara, acercóse a “Fierabrás”.

Éste le miró desdeñoso:

—¿Qué haces, “Pachorra”?

—Estoy tratando de pensar.

—¿En qué?

—Que no me gusta nada todo esta.

—¿Por qué?

—Aquí, en toda esa maraña, le cazan a uno como un conejillo enredado en lanas de colchón.

“Fierabrás” encogióse de hombros.

Señaló al final de la ladera, donde un amplio cauce caudaloso descendía de la montaña.

—Hemos de atravesar el río. Primero recorreremos la orilla.

José Expósito, con lenta pronunciación, intervino:

—¿Seguimos algún rastro? Yo no veo huellas algunas de paso por donde hemos venido.

—Más allá del río se aclara y hay una colina. En lo alto veremos lejos, y por allá pueden andar los tres que debemos ver.

—Puede ser—admitió, escéptico, el apodado “Pachorra”.

Pudro Silva, al ver que “Fierabrás” echó a andar deshizo el frunce frontal. Ya no tenía que pensar y prefería la acción.

Llegaron pronto a la orilla del río, de aguas claras.

—¿Podrá beberse?—preguntó “Alcornoque”.

—Prueba, y si no revientas, es que puedes bebería.

“Alcornoque” se arrodilló y hundió el rostro en el agua. “Pachorra” miró a la otra orilla, donde un cervatillo, con graciosos contoneos, bebía.

Inclinóse entonces, y haciendo cuenca con sus manos, empezó a beber con parsimonia.

Bartolomé Cruz, como jefe de expedición, esperó a que sus dos subordinados bebieran.

E iba a hacerlo, cuando de pronto quedóse rígido, como el que ha recibido un pistoletazo sin ruido precedente.

Miraba con fijeza algo que rutilaba más allá cerca de la orilla, dentro del agua.

Tardó unos instantes, y, por fin, cautelosamente, anduvo de lado, hasta llegar junto al lugar que le había llamado la atención.

Era un destello fulgurante, nítido, aumentado por la claridad del agua.

“Fierabrás” se relamió varias veces, procurando devolver la humedad a su garganta reseca.

Avanzó más, siempre a lo largo de la orilla, y por fin echó a correr hacia arriba, para después, siempre corriendo, ir hacia donde los otros dos, sentados, mostraban a su modo un infinito estupor.

Llegó junto a ellos, abrió la boca, la cerró, y volvió a correr, alejándose.

Cedro Silva, fruncido el entrecejo en espantosa mueca, balbució con voz semejante a un balido:

—Le habrá dado flecha envenenada de locura. Corre que te corre, y hace caras, ríe y se mesa los pelos.

José Expósito, acariciándose las rodillas, balanceó la cabeza para

resumir:

—Ya se explicará. Alrededor no hay nadie, ni tampoco surcó flecha. Puede que le haya dado un retortijón.

—¿Eso qué es? ¿Enfermedad de esa tierra embrujada y maldita, donde nadie ha puesto los pies?

—Muchos aquí han venido. Lo único que pasa es que les cortaron la cabeza o nunca han vuelto. Eso es todo.

—¡Ah!... — dijo, reconfortado, "Alcornoque". Pero, de pronto, gritó—: ¿Eh? Bueno, bueno... Hablemos de lo otro. Fíjate en "Fierabrás". Ahora parece un oso con las plantas de los pies sobre ascuas. ¡Anda la morena! Pues, ¿y ahora? Se ha tirado al agua para bucear... Debemos ir a ver que...

—Tú y yo somos subordinados. Hay que esperar a que el jefe decida. Esa es la orden. Si ha querido tomarse un baño, buen provecho.

—¿Qué es lo del retortijón?

—Este rascar de tripas que de pronto coge a uno, como si una mano te estrujara dentro de la panza. Yo lo que digo, "Alcornoque", es que nunca ni para nada hay que perder la calma. Eh mi vida yo he actuado romo un nervioso. Y así se vive bien. Todo debe tomarse con calma...

—¡Oro¡¡Oro!!

En el agua, en pie, pero chorreante, alzaba "Fierabrás" los dos brazos, y entre sus dos puños cerrados brillaban piedras amarillas, que iban cayendo de sus dedos en exceso llenos.

—¡¡Oro!! ¡¡Oro!! — gritó "Pachorra", haciendo eco a los alaridos del que había hallado el preciado metal.

Y saltando en pie, empezó a correr en varias direcciones, alocadamente... Daba saltos, se mesaba los cabellos y reía largamente, brillantes los ojos...

Pedro Silva frunció el entrecejo, y empezó a temblar asustado. Imaginó que uno de los misterios de la tierra embrujada y maldita debía ser el de producir repentina locura.

Siguió sentado, aumentando su pavor al ver que de pronto "Pachorra" lanzábase ruidosamente al ríe para sumergirse, lejos de donde estaba en pie "Fierabrás", que hundía y sacaba las manos, haciéndose resbalar piedras amarillas por entre los dedos, iluminada la faz en cupida expresión de avidez feroz.

“Pachorra” emergió, imitando la actitud de “Fierabrás”: En pie, iba alzando los brazos, riendo, mientras grotescamente lanzaba al aire piedrecillas doradas.

Y súbitamente, Pedro Silva comprendió. Lanzó un aullido agudo, y en pie, corrió hacia la orilla.

—¡¡Oro!! ¡¡Oro!! — fue repitiendo incansablemente.

Los otros dos piratas, como niños enloquecidos, iban tirándole piedras amarillas que sacaban del lecho arenoso, bajo el río.

Duró la orgía de ambición cerca de media hora. Por fin, “Fierabrás” salió del agua.

Asumió un continente severo:

—Las órdenes son las órdenes. Somos ricos, pero nos manda el Pirata Negro. Tenemos que seguir andando...

Trancó su expresión severa por otra de diabólico regocijo:

—Bueno. Yo, como jefe, ordeno que el botín es el botín. Llenaremos nuestras botas, nuestras camisas y nuestros gorros con oro. Volveremos al molino. Enterraremos el tesoro. Somos ricos.

—Somos ricos — repitió “Alcornoque”, temblando de fiebre.

—Somos ricos—hizo eco “Pachorra”, gesticulando ansiosamente.

—Por lo tanto... ¡a ello!

Con actividad febril, quitáronse las botas, las camisas y los gorros.

Cada uno de ellos depositó sus prendas a la orilla. Iban y venían, sumergiéndose y saliendo a flote.

Llenaban sus prendas, y anochecía, cuando cargados con las voluminosas prendas hinchadas, mirándose entré sí recelosamente, dispuestos a matarse si se rozaban siquiera, alejáronse tinos pasos, para esperar que uno de ellos hablara.

Nadie lo hacía, y, por fin, gruñó “Alcornoque”.

—Tú el primero, “Fierabrás”. Eres el jefe.

—No. El primero “Pachorra”. No me fío de él.

—¡Estúpido! Si el lio trae del manantial Oro para todos, ¿nos vamos a matar siendo ricos?

—Tú primero, “Alcornoque”.

—Bueno, pero al que se me acerque por detrás, le suelto puñalón. No sois de fiar.

Con paso presuroso, doblado bajo la carga reunidas las prendas por lianas y formando un hato, Pedro Silva empezó a andar camino

de la llanura.

Tras él, “Pachorra”, y a unos diez pasos, “Fierabrás”.

No se oyó el menor ruido. Quizá a lo sumo,.como un silbido tenue de pájaro nocturno.

“Fierabrás,” vaciló, quiso llevarse las manos al pecho atravesado por minúsculas flechas, pero la avaricia pudo más que el instinto de conservación y defensa.

No quiso soltar la carga de oro.

Y cayó de bruces muerto, perforado el corazón por las diestras flechas de los jíbaros.

Andando a rastras, unos diminutos seres desnudos seguían los pasos de los otros dos piratas.

Cuando cayó “Pachorra”, el ruido no alarmó a Pedro Silva, que había cogido mucha delantera.

Media hora después, las tres cabezas cortadas eran colocadas encima de un madero, juntas, rozándose de mejillas.

Los hombres que por años y años habían luchado codo a codo, y que por un instante el oro había separado, volvían a estar juntos, en el último viaje definitivo.

Semanas después adornarían las chozas de tres jíbaros. Y aunque empequeñecidas, las tres cabezas ostentaban la misma expresión, mezcla de asombro final y avaricia exultante.

Capítulo V

Segundo grupo

—Deja ya de bostezar.

—Tengo hambre.

—Fruta sobra

—Quiero carne.

—Trata de atrapar aquel gamo. Pero sin disparar.

—No podría. También tú bostezas.

—Para eso soy el jefe—dijo secamente Jaime Expósito, apodado “Solera”.

Alto y macilento, mantenía constantemente les ojos semicerrados, y sus músculos desmadejados daban la impresión de que de un instante a otro iba a caerse rendido.

Era, no obstante, uno de los más despiertos de inteligencia de la tripulación del “Aquilón”.

Sentados en la margen del río ocho leguas al este del castillo, reposaban de la larga caminata.

El que pedía carne, volvió a bostezar hambriento. Era un deforme sujeto de gran cabeza, chata nariz, boca dilatada y amplio mentón caído.

Estrecho de espaldas, ancho de caderas y panzudo, Lucas Teror no vivía más que para dos cosas: comer y dormir.

El tercero, de mediana estatura, trazos faciales regulares sin nada sobresaliente, habíase acomodado en confortable lecho de hierba.

Estaba ahora amontonando hierba para formarse almohada.

—No vamos a pasar la noche aquí, ¿sabes, Quim?—dijo “Soñera”, entornados los párpados.

—Dónde estés, procura estar cómodo—replicó el catalán.

Era joven; no tendría más, allá de treinta años, pero desde los

doce servía a bordo del “Aquilón”.

Algunas veces había sido llamado a consejo por el Pirata Negro, que le reputaba poseedor de rara cualidad del buen sentido.

—Tú vigila, “Carpanta” — ordenó “Soñera” al canario—. Nosotros descansaremos. Ojo abierto, “Carpanta”.

El aludido abrió hasta el máximo sus ojos, rodando la cabeza en todas direcciones.

Resbaló “Soñera” hasta que su hombro quedó pegado al del catalán, que, indiferente, siguió dormitando.

Pero a la medio hora, murmuró.Jaime Expósito:

—¿Duermes, Quim?

—Si durmiera me habrías despertado. Y si te contesto es que no dormía.

—¿En qué piensas?

—En lo mismo que tú.

—¿Cómo puedes saberlo?

—¿Estás inquieto?

—¿Tú no?

—Sí.

—Es tierra embrujada. Todo calla. Nada respira. Se oyen susurros. Las brujas...

—No hay brujas, Sólo pesadillas. La noche en los bosques, da miedo Luego viene el sol, y te ríes del miedo.

—No hemos visto rastro ninguno.

Y todo, por llevarle un papel al pelirrojo manco.

Calló como respuesta el catalán.

Insistió Jaime Expósito:

—El Pirata Negro nos juega la vida por un mensaje.

—Le juramos fidelidad, y él se ha jugado miles, de veces su vida para salvarnos de apuros. No debes olvidarlo.

—No lo olvido pero ahora... tengo miedo. ¿Tú no?

—Sí.

—Si volviéramos al molino, estaríamos seguros.

—Vuelve si quieres.

—Tú has de venir. Diremos que perdimos la pista y encontramos ríos y montes infranqueables. El es justo y no se enojará. Además, uno de los otros dos grupos llegará a dar con Lucientes.

—El señor Lucientes—corrigió el catalán.

—¿Señor de qué?

—Así lo llama nuestro capitán. No somos quienes para decidir si un hombre es señor o no.

—'“Carpanta” es un bruto, y lo que le diga, yo, lo creerá. Haré ver yo solo he encontrado la pista y he entregado el mensaje. Puedes estar seguro que el señor Lucientes ha perecido. No podrá, pues, negar que le di lo que no le pienso dar. Este mensaje lo voy a leer, para que tú veas que nada contiene de importante.

—No lo hagas—dijo con tranquila entonación el catalán.

—¿Vas tú a impedírmelo?

—No. Eres, por orden del capitán, mi jefe ahora. Pero cuando esté delante del Pirata Negro, le diré...

—Bien, “noi”. Si eres tan imbécil que prefieres que perdamos el cuello, allá tú.

—No hemos de perder el cuello. La orden fue que no nos arriesgáramos inútilmente. Por lo tanto, si por más esfuerzos que hagamos no hallamos rastro, es mi idea el volver a la llanura del molino, cumpliendo el compromiso. Y como comprendo que es natural tu estado de ánimo, nada diré. Tienes mi palabra.

Calló “Soñera” sin replicar. Añadió el catalán:

—Te vigilo, “Soñera”. Eres listo y no quieras pasarte de viro. Sepárate de mi lado...

—¡Chttt¡—silbó “Carpanta”, tendido ahora en el suelo, rastreando, y aproximándose.

—¿Qué?—dijo sordamente “Soñera” sentada.

—Sombras vienen.

—¿Por dónde?

—Siguiendo el río.

Los tres hombres se ocultaron entre setos.

La luna reflejaba claridades sobre una decena de diminutos seres desnudos, que avanzaban.

Tenían al hombro un arco y un carcaj. Dos de ellos llevaban sobre la cabeza un madero largo, en el que tres cabezas cortadas bañaban de sangre la base.

Desfilaron alejándose.

Secóse “Carpanta” el sudor, mientras “Soñera”, temblando, gruñía:

—¿Viste las cabezas, catalán?

—Eran las de Pedro Silva, José Expósito y Bartolomé Cruz. Tuvieron poca suerte.

Salió del escondrijo Jaime Expósito, para ir a otro matorral. Allí quitóse del cinto un envoltorio. Extrajo de los trapos un papel doblado.

Y dificultosamente, después de romper los lacres, leyó los claros trazos de la caligrafía ancha y redonda del Pirata Negro:

"Diego Lucientes: "El Chacal" tiene en el antebrazo un tatuaje, que en signos persas reproduce mis nombres, el nombre de Lanzarote y la fecha en que dimos por muerto ahogado a Carlos. Dile a Tartar que te explique las pesadillas del "Chacal". Tú estás obligado a evitar que "El Chacal" se pierda para siempre. Os sigo, y, tengo que dar con vosotros.

"*Carlos Lezama.*"

Hizo "Soñera" una mueca, con la que quería demostrar que le sobraba la razón. ¿Con qué estaba él arriesgándose en tierra de brujas y cortadores de cabezas para llevar un inteligible mensaje sin la menor importancia?

A él nada le importaba un tatuaje que pudiera tener en el antebrazo el pirata "Chacal".

Regresó junto a los otros dos:

—He dejado el mensaje en sitio que lo encontrará Lucientes. Vamos a volver. Tengo ya prisas por estar a caballo. No sé por qué nos dijo el Pirata Negro que iríamos mejor a pie.

—Porque a caballo nos verían desde muy lejos. Y por estas selvas, si no se conocen los pasos, el caballo estorba.

—Vámonos, pues—apremió "Carpanta".

Cruzóse de brazos Joaquín Pons.

—Yo me quedo. Aun no he explorado las orillas. Ya me reuniré con vosotros en el molino.

—Ven.

—No.

—Te lo mando.

—No acato órdenes de quien no cumple con su deber. Yo no me iría con la conciencia tranquila.

Jaime Expósito acercóse a “Carpanta”, alejándose del catalán.

—¿Te das cuenta, “Carpanta”, de que este presumido sabelotodo se está insubordinando?

—Me doy Cuenta—aprobó Lucas Tenor.

Desenvainó su sable Jaime Expósito. Hizo lo propio Lucas Teror. El catalán retrocedió.

—Mirad lo que hacéis. El ruido puede atraer a los salvajes. Nos matarán...

—¡A él!—rugió “Soñera”.

El catalán desenvainó para detener la primera acometida. Había elegido un espacio donde a sus espaldas tenía un tronco ancho.

Detuvo con maestría los feroces altibajos de Soñera y los refilones de costado qué punteaba el canario.

—¡Mátalo ya! ¡Terminemos! — imprecó Jaime Expósito, ansiando encontrarse ya en el molino, y suprimir un testigo de su cobardía.

Paro Lucas Teror no contestó, dejando resbalar de su diestra el sable,

Por su pecho asomaba la punta de un venablo... Creyó Soñera que había sido herido por el catalán, y el pánico cundió en su espíritu, ya influenciado por el loco temor a las supuestas brujas...

Saltó para huir, dando vuelta, y cayó de rodillas, tembloroso, porque las tres mujeres que a caballo le apuntaban con sus arcos, se le antojaron horribles brujas de pechos amarillos...

El venablo que atravesó su garganta fue a incrustarse en el tronco vibrando junto al muslo de Joaquín Pons.

El catalán soltó el sable, alzó las manos, y se arrodilló. Fue rápido su gesto de rendición.

Sin perder la frialdad, había contado siete mujeres a caballo, apuntando con sus arcos hacia él.

No se detuvo a preguntarse qué raza era aquella, bronceada, de largas piernas fuertes, y corta falda, llevando coraza de oro.

Una de las amazonas disparó el venablo que atravesó la mano derecha en alto y abierta, clavándola contra el tronco.

El agudo dolor hizo perder el sentido al catalán. Cuando abrió los ojos seguía su diestra clavada, pero en el arzón de una silla de montar.

Estaba tendido a lo largo del cuello de un caballo, atados sus tobillos.

El jinete era una mujer ya madura, de rostro hosco, gruesa y levemente bigotuda.

Por espacio de dos días, ya seca la herida, y atadas sus manos, Joaquín Pons no habló. Consideraba inútil preguntar quiénes eran aquellas mujeres y adónde le llevaban.

Tenía vida, que era lo esencial. Estaba siempre atado en el caballo, y la amazona corpulenta le daba agua y frutas. Una vez le dio un pedazo de carne que acababan de asar otras dos amazonas.

Siguió el catalán abriendo la boca tan sólo para comer, y por fin, la amazona dijo cuando reanudaron el camino, y después de atravesar el ancho río, por un puente inesperado, construido de lianas y troncos:

—¿Eres español?

Su voz era ronca, hostil, sin amenidad.

—Sí. De comarca llamada Cataluña. Me llamo Joaquín Pons, pero, para ahorrar palabras, me llaman Quim.

—¿Con quién peleabas?

—Con dos enemigos.

—Ibais juntos.

—Se enfadaron. Hablas español como una española.

—Lo soy. Desciendo de un soldado granadino. Me llamo Tahuahunca. Y soy reina de las Aychas. Murió mi Camac. Comió carne envenenada.

—Soy tu prisionero y no puedo hacer preguntas, sino que eres tú la que tienes derecho a hacérmelas.

—Pregunta.

—¿Dónde me llevas?

—Al Edén de las Mariposas.,

—¿Está muy lejos?

—Cuatro días más de viaje, porque mi reino está al principio del Edén de las Mariposas.

—¿Eres, pues, reina de amazonas? Creí que era leyenda,

—Soy reina de las Aychas.

—¿Aychas?

—Comen carne, porque Tumuc Humac, el Tayta, nos lo permitió. Somos las viajeras, que en cuatro direcciones vigilamos la tierra límite, por donde no deben pasar los enemigos del Edén.

—¿Quién es Tumuc Humac?

—El rey supremo, el bienhechor amigo. El decidirá si te puedo elegir por Camac.

—¿Camac?

—Dador de vida, animador, mi esposo.

Sonrió Joaquín Pons. Tenía la vida a salvo. Si una mujer se lo proponía, por más rey supremo que fuera el llamado Tumuc Humac, él sería esposo de aquella marimacho.

Y más valía aquello que tener la cabeza cortada o ser atravesado por un venablo.

Suspiró tranquilizado. Y empezó a mirar con ojos de práctica utilidad a. la llamada...

—¿Cómo dijiste que es tu nombre?

—Tahuachunca. Significa cuarenta, años.

—Prefiero llamarte matrona.

—Podrás cuando seas mi esposo. Si Tumuc Humac no acepta, serás entregado a los jíbaros. Pero confío en que aceptará. Necesito un Camac.

—Yo también confío en que aceptará. Y también necesito una esposa.

Joaquín Pons meditó el resto del viaje, que podría escaparse, si lograba adueñarse de la voluntad de la mujer cuarentona, que de vez en cuando, le miraba con la clásica expresión del poseedor de un perro.

—Esta noche llegaremos a mi poblado, Quim. Tumuc Humac vendrá pronto, porque hace el viaje de consejero y juez. Permanecerás a solas en una choza, atado, y yo te traeré la comida y la bebida.

Y cuando quedó atado de forma que ni siendo mago podría escaparse, a solas en tinieblas, Joaquín Pons meditó que no había

escapado demasiado mal, en comparación con los otros cinco.

Al amanecer vino Tahua-Chunca, trayendo copioso surtido de frutas, carne y agua.

—Come, descansa y no temas. Debes engordar.

—Yo quiero complacerte, matrona. Pero no puedo engordar si no sé si tendré la felicidad de ser tu Camac.

—Tú no tendrás felicidad, porque no soy hermosa.

—Yo soy agradecido, y por mi vida no siento al decirte que procuraré ser un buen marido.

—Tumuc Humac decidirá.

Y Joaquín Pons estuvo impaciente para oír que le anunciasen que por fin, Tumuc Humac, el rey supremo, daba, su consentimiento para tan extraña boda.

—Una mujer que por dote me salva la vida…, es una mujer hermosa —dictaminó el catalán, con absoluto convencimiento.

Y esperó pacientemente porque Tahua-Chunca supo hacerle inesperadamente, muy agradable, su prisión.

Confesó, con cierto pudor grotesco, que había tenido tres maridos…

Capítulo VI

Tercer grupo

Yo opino que cuando le contéis a nuestro jefe, lo listo que he sido, esta vez no me rompe la nariz. Y quiero que él me abrace, y me diga que opina que soy lo que todos habéis oído hablar, pero no conocéis, hasta que me estáis viendo, y veis que no soy un tipo a quien no le cabe el talento en la mollera. Eso opino yo.

La voz resonaba orgullosa, y también algo cavernosa. Otra voz, también honda, como si surgiera de la tierra, contestó:

—Esta vez sí que has sido talentudo, “Pencas”. Seguro que a no ser por tu talento, no llevaríamos ya tres días, siguiendo desde lejos]a pista del señor Lucientes.

Una tercera voz, más recia, pero también ensordecida, comentó:

—Eres grande, “Pencas”. Pero por ahora no podemos entregar a don Diego, el mensaje.

—Yo opino que no se debe ser demasiado exigente, Rucio. Por ahora, seguimos los pasos, y vamos bien, Recuerda que el jefe nos dijo que debíamos acercarnos al señor Lucientes sin peligro... Y hay esos enanos con flechas custodiando como si más que Invitados fueran presos los tres evadidos.

—Pero hablan tan amigos con el que va en la litera. Y están a caballo.

—Yo opino que los caballos de poco sirven, a no conocerse por donde andar, que quien anda a ciegas, se rompe el morro, y el que va ancho, va lozano, digo yo, salvo que tú digas lo contrario, en cuyo caso te rompo el morro, porque cuando me sobra la razón, me parto el pecho con mi abuela si preciso fuera, porque opino que al buen juicio lo “prostergan”. Y hablando de todo un poco, que el saber a nadie sobra, y debéis aprender algo, me estoy viendo ya a los demás, partirse la pechuga, mondándose y riéndose como

cluecas, cuando les contéis el truco que se me ocurrió, tan bueno que no hay quien lo mejore.

Era la cima de una colina, desde la cual divisábase ancha extensión surcada por el río.

En la arboleda no había seres humanos. Tres osos de pelaje pardo, sentábanse sobre sus cuartos traseros.

Eran torpes de movimientos y bamboleaban mucho la cabeza. Uno de ellos, después de frotarse el hocico, dióse aire con la zarpa izquierda, y para un naturalista, habría cabido la vacilación de que si el "homo sapiens" descendía del simio o del oso.

Tal era la naturalidad humana con que otro de los osos estaba cruzado de brazos, y erguida la cabeza.

—Tú, Juanelo, procura ser más oso, opino yo. No entiendo mucho de esos buenos mozos, pero dudo que se crucen de brazos, como si estuvieran enojados.

—Tengo calor, "Pencas"—murmuró Lucio Agudo.

—Y yo también—aseguró Juan Pérez.

La voz salía de los respectivos pechos de los osos.

—Deberíamos hacer más agujeros.

—Con cuatro respiradores tengo pocos.

—¡A no quejarse, ingratos!—vociferó indignado el navarro—. Opino yo que es insondable el abismo de la ingratitud humana, como dijo nuestro jefe cuando el Virrey de Puerto Rico quiso ahorcarle, después que le había sacado las castañas del fuego. ¿Qué queríais, malditos protestones? ¿Piel de rastrera y arrastrarnos por el suelo? Más vale, opino yo, pasar calores de oso, que fríos de esqueleto.

—Tienes razón—aceptó Juanelo.

—Es que... también pueden dispararnos flecha, porque los osos no son perritos lametones.

—¡So burro!—gruñó el oso más corpulento—. No sirves ni para oso. Poco estudiado, leído y "escribido" estás, cuando no sabes, que los osos no tienen carne buena para comer, a menos de mucha necesidad. O sea, que ningún enano nos meterá flecha en el pelo, mientras no le ataquemos. Y así podemos seguir a "Medio-Brazo". He dicho y eso es todo. Y cuando yo opino, se callan hasta los sabios de Grecia.

—¡Hombre, "Pencas"! No te enfades—rogó el segundo oso—.

Nosotros sabemos que gracias a la idea que se te ocurrió, estamos a salvo de brujas y enanos. Pero las verdades son verdades.

—Vengan verdades—invitó el navarro.

—La primera es que estamos cansados.

—¿Y dónde tienes las posaderas sino en el suelo? Estamos descansando, opino yo.

—La segunda es que esto apesta— dijo Lucio tocándose el pecho peludo y apretando parte de la piel, como si apretara una invisible nariz.

—No hubo tiempo de curtir y remojar y tender. Bastante hicimos con cazarlos, y despellejarlos con arte. Ya pronto oscurecerá. Podréis quitaros un rato las cabezas para respirar y comer y beber. Pero un momento tan sólo. O se es oso o no. Y yo no quiero perder la piel de veras, por el allá de que una piel mal huela. ¿Qué quieres tú, so melindroso? ¿Piel de cortesana bañada en leche de burra y esencia de rosas?

—¿Leche de burra?—gruñó admirado uno de los osos.

—Conmigo todos aprenden—aseguró convencido el navarro—. Había antiguamente una mujer de esas que verla y pegarte en el pecho mil brincos el estómago era toda una. ¿Comprendes? De esas hembras que parpadean y tus rodillas te tocan castañuelas do emoción y deseo. Total, la individua se llamaba “Cleoteparta” y se traía a todos los emperadores, reyes y capitanes de mar, fritos por entero, con esa calurosa enfermedad que «e llama pasión. Tenía, una nodriza llamada “Agriaypina”, que era viejo talento en eso de hacer cosquillas y arrumacos a los hombres. Y ella le enseñó a bañarse con estropajo en leche de burra.

—¡Venga ya!—protestó uno de los osos.

—¡Cuentos no!—gruñó el otro.

—¡Maldita sea mi cabeza! No seáis increyentes, porque estoy yo repitiendo lo que leí en libraco que me prestó nuestro jefe, cuando yo aprendía a a leer, y que se llamaba la “Historia de la Gran Roma”, por un griego. Y allí bien claro decía que Marees hijo del Antonio, y también el César de las monedas, andaban bebiendo los vientos por la mocita. Y que la nodriza que se las sabía todas, sabía que la piel finísima, de seda, como pétales de rosa, despepita a los varones. Y por eso, bañándose en leche de burra adquiría una piel que era algo de espanto, de tan suave.

—Tendría que haber muchas burras en Roma.

—No tantas como en tu pueblo, so... ¡so peludo! Ye opino que la peor muralla contra la que se encalla la instrucción es la necia burla del ignorante. Eso opino.

—Eso lo dijo “él”.

—Bueno, pues por eso mismo opino bien.

—¿Y eso del estropajo a qué viene?

—Lo usaba porque así, restregándose, la sangre acudía bajo la piel, poniéndosela sonrosada y quitándole el vello de... donde no debe tener vello la hermosa.

—A mí me gustan velludas.

—A mí no.

—¡Maldita sea mi cabeza!—gruñó el navarro—. Yo opino que no estamos haciendo el oso, para saber cómo nos gustan...

Hizo una pausa para añadir:

—Aunque en honor a la verdad, a ni me gustan bien metiditas en carnes, de esas fondonas que cuando te abrazan navegas en blando colchón. Yo del jamón, opino, que el hueso sobra. ¡Venga carne, eso opino yo!

Uno de los osos se tendió panza arriba, cruzando las piernas. El otro dejó oír una sorda risotada.

—¡Mira, Pencas! ¿No está, gracioso Juanelo? Parece un oso aburrido.

—¡Sentado, oso!—gritó el navarro. —Siempre nos ha dicho nuestro jefe que somos unos brutos que no hemos mecido en sesos, porque nunca nos damos cuenta de nada, y parecemos niños divirtiéndose. ¡Siéntate, Juanelo, o va a haber un oso menos!

El aludido obedeció, para excusarse:

—Se está poco a gusto aquí dentro, Pencas. Si tú has nacido para oso, yo no. Bueno, bueno, me callo, hombre... No agites las zarpas... Yo comprendo que esa es la única manera con la cual se puede andar por esos andurriales.

—Tú que todo lo has leído, “Pencas”, podrías opinar sobre algo que me atosiga.

—¡Venga acá! Aun hay tiempo, y los de la litera están haciendo repodo. Nosotros también... ¿Qué es eso que te aturulla?

—Tú sabes de osos, ¿no?

—Mis miajitas de lecturas de un libro con grabados en que se

pintaban todos los animales habidos por haber... y no estabas tú, cosa que me extrañó.

Los tres osos rieron a gusto, y el propio navarro autor de la supuesta ingeniosidad, fue el que más fuerte rió, celebrando su chanza.

—Ha estado muy bueno el golpe — aceptó Juanelo—. Y la página en que tú estabas te la pasarías, ¿eh? Bueno, lo que yo quiero saber es quiénes son los enemigos del oso.

—¿Para qué?—preguntó para hacer tiempo el navarro mientras estirando las zarpas rascaba la cabeza del oso, colocada encima de la suya.

—Si veo caimán, se me figura que va a atacarme, y a lo mejor le doy miedo.

—Los enemigos del oso son pocos— dijo doctoralmente el navarro, que no tenía la menor idea—. Las sierpes grandes como aquella de ocho varas de largo y una de ancho que vimos colgar de un árbol, y también los piojos... porque se le meten en el pelo, y no pueden nunca encontrarlos.

Los tres osos volvieron a reír a mandíbula batiente, produciendo sordos ruidos semejantes a una respiración fatigosa.

—¡Oye, Pencas! ¿Sabes en qué pienso? En la jeta que pondrían los nuestros si vieran a tres osos hablar.

Apaciguadas las risas, Ambrosio Bustamante dijo;

—Yo opino que ya está bien la guasa. Si estamos graciosos así, lo que aquí nos ha traído nada tiene de gracioso. Por menos de un pelillo nos rebanarían la cogotera si nos vieran que no éramos de verdad lo que parecemos.

—Desde aquí, vemos venir. Y en esta tierra embrujada, cuanto más hablemos más tranquilo estoy.

—¿Brujas a mí?—gruñó Lucio Agudo—. Al hijo de mi padre no le asustan las viejas montadas en escoba.

—Pues a mí sí—dijo el navarro—. A. mí dame leones, tigres, caimanes, gigantes, escuadrones, bergantines... y me los meriendo. Pero yo os juro que si se me apareciera una vieja de esas desdentadas, de nariz larga, ganchuda, con manos sarmentosas temblando, encorvada, vestida de negro, y riendo mostrando los largos colmillos amarillos, con muecas burlonas... pues yo ensuciaría aún más esa piel.

—Compadre, por favor—rogó Juanelo—. No describas tan a lo vivo, que se me antoja ver ya la vieja de mal agüero.

—Eso es fácil de entender. Lo explicó "él"—dijo Lucio Agudo, agitando las zarpas—. Nosotros no nos asustamos por lo que comprendemos. Un tigre es un tigre, un caimán es un caimán… Un tipo con cañón, pues es un cañón y detrás un barbián. Pero eso de que una vieja endeble que de un manotazo la puedes derribar, se ría de uno, pues es algo que nos pone la carne de gallina, y no nos deja pelear, porque…

En pie, el navarro acababa de tender las zarpas ordenando silencio.

Aplicóse una de las zarpas al costado. Quería hacer pabellón para su oreja.

Los otros dos deslizándose acercáronse hasta rozar con sus falsas cabezas las peludas patas del oso en pie.

Oían también un chacoteo cercano.

Adelantóse el navarro y desde el borde de la cima, vio a escasa distancia un cuadro que le estremeció.

Dos mujeres bañábanse en el río, donde éste presentaba un remanso. En la orilla, dos caballos, sobre cuyas sillas brillaba algo dorado, estaban sujetos a un pequeño arbusto.

—¡Mujeres!—gruñó Juanelo.

—Para ti como si fueran caimanas—gruñó el navarro.

Una de las bañistas salió del agua. La luz lunar creaba perlas sobre sus miembros bronceados.

Uno de los osos dio media vuelta, temblándole los hombros.

—¡Demonios! ¡Qué Venus más Venas!—gimió Juanelo.

—Para ti como si fuera una cocodrila—gruñó el navarro, pero con voz mucho menos autoritaria.

La que acababa de salir del agua, revistióse la corta falda, alzó las sandalias, vuelta de espaldas a los tres osos.

Juan Pérez olvidó toda prudencia.

Acalorado empezó a correr. Sonó desde el agua un grito…

La amazona terminó de ceñirse las tiras de sus dos sandalias. Cogió algo que no se distinguía…

Ladera abajo, extendidos los brazos enfundados en el pelaje del oso, Juan Pérez corría torpemente…

La amazona pareció invitarle a acercarse porque uno de sus

brazos estaba tendido hacia adelante y el otro replegado junto al seso.

Silbó vibrante un venablo y el oso alcanzado en pleno pecho tambaleóse, agitó las zarpas y cayó tendido de bruces.

La amazona, depositó de nuevo el arco en la silla. Revistió la coraza, y mentó a caballo.

La otra salió del agua, y sin vestirse, montó. Alejáronse las dos al paso de sus caballos...

Un sollozo escapó del pecho de Lucio Agudo.

—¡Pobre Juanelo! ¡Malditas sean todas las mujeres!

—¡Maldito Juanelo! Era un buen muchacho, y ha ido a perder el soplo por... un mal momento. Eso del calor de la sangre. Bueno, Rucio, lo enterraremos. Que no lo coman los reptiles.

Descendieron la loma, y entre los dos volvieron a regresar a lo alto, llevando uno por los pies y el otro por los sobacos, al peludo ser informe de cuyo pecho brotaba un remate de venablo.

Sacó Ambrosio Bustamante el puñal cuando hubieron depositado en el suelo el inmóvil pelaje que encubría a Juan Pérez.

Se disponía a cortar la fibra que a todo lo ancho y en línea vertical desde el cuello a la entrepierna cerraba la piel alrededor de Juan Pérez, cuando se arrodilló tendiendo el oído.

—Quitadme el pincho, compadres. Quitadme el pincho—murmuraba una voz ahogada.

Pegó el navarro un golpe en el pecho del que hablaba.

—¿Estás vivo, Juanelo?

—Creo que sí, tan sólo de refilón me ha dado un corte el venablo. Se ve que la barbiana bribona me apunto al corazón del oso, pero en este sitio no hay el hueco de mi hombro, y lo tengo despellejado. Nada importante, escuece tan sólo.

—¿Con que sólo escuece, eh?

Y el navarro arrojóse encima del tendido. Eran torpes los puñetazos y puntapiés que aplicaba a su montara, pero cuando se enderezó resoplando, el tendido estaba inerte.

—¿Conque sólo te escuece, eh?—repitió fatigosamente el navarro—. Pues de esa te van a doler los huesos, para que no hagas más el oso juguetón.

—¿No lo habrás matado?—se inquietó Lucio Agudo.

—La segunda piel le protegió. Y yo opino, que donde manda

patrón no manda marinero. Escáchame bien, Juanelo, que cuando me da la gana hablo un castellano para niños de tela. Cuando me veas a mí correr detrás de una hembra de esas misteriosas que andan con arco, corre también. Pero si no me muevo, tú, parado, ¡So animal! ¿Crees que a mí no me gustaba la moza? Estaba magnífica, soberbia, volcánica... Pero no hemos venido a cazar terneras, sino a cumplir lo que nos está mandado, ¿he hablado bien?

El oso zarandeado levantóse, y palpándose logró coger el venablo arrancándoselo.

—Sí—dijo Juan Pérez—. Tienes razón, “Pencas”. No lo haré más. Pero es que tenía esa piel que tú dices de la...

—Calla maldito. No hay mujeres que mal no traigan.

—Me has roto unas muelas “Pencas”—gimió Juanelo—. Y me sangra la nariz. Y, los, riñones me duelen.

—Aguanta y aprende. Yo opino que la mujer es la perdición del hombre.

—Pero... ¡está tan sabrosa!—suspiró Lucio Agudo.

—Hacedme caso, zopencos. El oro, la traición y la mujer, con las tres maldiciones de la tierra. Menos mi madre, todas las demás mujeres, menos las madres de los demás, son dañinas.

—Pues... eso quería yo—gruñó Juanelo.

—¿Él que querías tú? Sin detallar ¿eh?

—Pues... ¡convertir en madre a esa nadadora del arco que no vi!

Rieron los tres, dándose palmadas en el pecho y en los muslos.

—Este Juanelo es un tío salado— reconoció el navarro—. Como dice nuestro jefe, después de un mal trago bien está el reírse. Cuéntame algo gracioso, Juanelo. Tú sabes cuentos buenos. No vamos a dormir, porque hay que estar alerta.

Juanelo se sentó, y a su alrededor lo hicieron los otros dos.

—Yo; una vez iba en la gran carroza de viajeros de Panamá. Delante mío iba una mujer muy gorda, muy gorda, que daba el pecho a un rorro muy flaco, muy flaco. Y yo venga mirar a la gorda muy gorda y al nene muy flaco muy flaco. Y al final fui y le dije con mucha galanura: “Señora, ¿me permitís una pregunta?” Ella, creyendo que yo estaba flechado, me contestó: “Preguntad lo que queráis, señor mío”. Y yo, muy serio, porque en eso estaba el golpe, le dije: “Decidme, señora, ¿este, niño chupa o sopla?”

Los tres osos se estuvieron revolcando un largo rato, emitiendo ahogadas carcajadas, que se prolongaban, cada vez que uno de ellos, decía:

—¿Este niño chupa o sopla?

Y de la mayor hilaridad que les convertía en brutos pueriles, sin maldad y escaso seso, viéndose sin siquiera adivinar hasta muy tardíamente lo que les ocurría, inmovilizados por largos lazos, que a diestro y siniestro iban brotando, lanzados por seres muy diminutos y semidesnudos.

Los jíbaros, vigilantes de la selva del tío Branco, fueron apretando los lazos hasta convertir a los tres osos en tres amasijos inertes.

SEGUNDA PARTE

ESTADO NATURAL

Capítulo I

Era una visión de ensueño. Largos canales construidos por hábiles manos, hacían olvidar que era la labor humana la que desviando remansos, hacía surcar la quieta agua del gran río Branco, por entre bosques de verdor intenso, donde orquídeas y mariposas, flores multicolores y helechos, creaban tapices maravillosos.

Los canales desfilaban por delante de chozas, en las cuales, diminutos seros, sentábanse o jugaban.

Una de las lanchas planas que surcaba uno de los canales, llegaba cuatro jíbaros como remeros, y en la alta proa, sentábase un individuo pelirrojo, que llevaba por toda vestidura, una piel de jaguar desde la cintura hasta medio muslo.

Mantenía el cuello erguido, pero sin el dogal de hierro, que ya habla actuado consolidando las vértebras.

La media coraza de hierro que daba flexión a, las varillas del mismo metal que uníanse con el antebrazo férreo, había sido objeto de gran curiosidad entre los jíbaros cuando Tumuc Humac en su litera, descendió apoyándose en el hombro de un pelirrojo de elevada talla y desnudo de busto.

Era la visita de consejo y justicia que hacía el bienhechor amigo. En el estrado de rey supremo, sentóse Tumuc Humac, y a su lado, en pie, quedó Diego Lucientes.

Después de aconsejar y dictar a veces crueles sentencias, justas Tumuc Humac dijo:

—Vosotros, hijos míos, necesitáis un amigo que siendo mi voz os aconseje y juzgue en mis ausencias. Seréis fieles y rendiréis acatamiento a Runa Cupay, el blanco demonio de rojos cabellos. Supo Runa Cupay de todas las maldades de su raza, y por eso viene aquí a ser vuestro jefe porque anhela el estado natural en que

vivimos. Es mi amigo. ¡Obedeced a Runa Cupay!

Los jíbaros arrodilláronse.

Tumuc Humac regresó a su litera, teniendo ahora a dos enanos, de lanudos cabellos blancos, como soportes para sus pasos.

—Estos serán tus amigos fieles, Rana Cupay. Se llaman Huaranca, caudillo de los mil, y Zocta, el caudillo de los cien. De mil cien hombres se compone tu poblado, Runa Cupay. Mi próxima visita será muy de mi agrado porque aquí habrás hallado la paz para tu atormentado espíritu de escéptico.

Habían pasado cuatro meses desde la partida de Tumuc Humac. Zocta y Huaranca instruyeron a Diego Lucientes de sus costumbres. El madrileño supo conquistarse la adoración de sus gobernados, porque les habló sencillamente, y tomó en serio su labor de consejero y justiciero.

En la presente ocasión, dirigíase con la lancha que llevaba a los costados las cabalísticas señales de su mundo, hasta el punto límite del cual no se podía pasar sin orden de Tumuc Humac.

Allí, en la simbólica empalizada tendida sobre el río a modo de separación del poblado jíbaro y del reina las Aychas, había en otra lancha la reina Tahua-Chunca y cuatro amazonas más.

La lancha dio inedia vuelta para colocarse de costado. Diego Lucientes seriamente saludó, a la reina del vecino poblado.

Su inclinación fue respetuosa.

Tahua-Chunca habló hoscamente:

—Desprecias a las damas del Arco, Runa Cupay. Nosotras también te despreciamos.

—Entonces si estamos de acuerdo, no hay discusión, Tahua-Chunca. He oído decir que tienes a un runa prisionero.

—Esperando estoy que venga Tumuc Humac. En su última visita, cuando te nombró rey de míseros enanos, no estaba yo porque cumplía la vigilancia de la selva. Hoy he ordenado que sonaran las conchas, pidiendo verte.

—Al cabo de cuatro meses, una vecina no resulta molesta, si desea charlar.

—¿Sabes cuándo ha de venir Tumuc Humac?

—No.

—Mi prisionero languidece en la espera, y está enfermo. Todos mis cuidados no bastan, ni nuestras pócimas. Tú eres blanco y

vienes de países sabios, aunque malvados. Podrías quizás curar a mi prisionero.

—No tengo autorización de Tumuc Humac. No soy curandero. Si tu enfermo está lánguido dale sopas de carne.

—Hay burla y rencor en tus palabras.

—Despreciáis a los jíbaros, y esos son buenos. No tienen la talla de altura, pero tienen sentimientos que nunca poseerá mujer alguna, y menos las damas del Arco.

—Diré a Tumuc Humac que no quisiste curar a mi prisionero.

—¡Chivata¡—sonrió Lucientes.

—¿Qué significa tu insulto?

—Que estoy muy tranquilo sin mujeres y ya nos hemos visto lo bastante.

Una de las amazonas murmuró palabras al oído de Tahua Chunca. Ésta, empujó a la que le hablaba en cuchicheos.

—Tú misma puedes decirlo, Iscay Satcha. Es una de mis once. No tiene marido.

Iscay Satcha, menuda y esbelta, poseía hermosos ojos de gacela asustada.

Los posó tímidamente en el rostro burlón de Lucientes.

—Runa Cupay, yo soy Iscay Satcha.

—Honradísimo, señora, tanto gusto, a vuestros pies. Pero yo no tengo la culpa de que te llames así.

—Mi nombre en el lenguaje que nos enseñó Tumuc Humac y que es el tuyo y el de todos los que dominan la tierra, significa gacela del bosque.

—Tienes hermosos ojos taimados y persiguiendo gacelas muchos cazadores han echado los bofes reventados. Me gusta más tu carita que la de tu reina.

—No tengo esposo.

—Vivirás más tranquila.

—Tumuc Humac quiere que de las Damas del Arco nazcan robustos hijos. Yo puedo vivir en tu choza y sería tu esclava.

—Esclaviza la que nos promete esclavitud. Eres linda, gacela. Pero he enviudado muchas veces y traigo mala suerte a las que pretenden desafiar al destino.

—Tus cabellos son bellos.

—Gracias, gacela.

—Tus dientes son blancos.

—Los tuyos no están mal tampoco.

—Tus ojos ríen como lo hace Tumuc Humac cuando somos buenas, y está contento.

—Los tuyos esconden misterios que no quiero penetrar. Vivo en paz desde que no como carne ni bebo vino. Nado, corto troncos y duermo a gusto, un tirón. ¿Sabes por qué, gacela? Porque no existe para mí la vana presunción varonil de pretender adivinar los pensamientos de una mujer.

—Mis pensamientos están en mis palabras, Runa Cupay.

—Eso es lo peor. Que a veces parecéis sinceras. No, Iscay Satcha. Te agradezco tus elogios y tu elección, pero sólo nos podríamos casar tú y yo de una manera.

—Pide el sacrificio que quieras, Runa Cupay. Necesito marido.

—Eso les pasa a muchas. Vuelve a proponerme boda, cuando tu frente sea de frágil cristal.

—¿De frágil cristal?

—Para que pueda yo leer y saber si tus pensamientos están de acuerdo con tus palabras.

—La mujer no piensa, Runa Cupay. Es esclava de la voz de su marido.

—Así se lo suponen algunos y así les va. Adiós, vecinas. Seguid manejando venablos y buscando maridos. A mí no me pescan ya, porque me creí tiburón y siempre resultaba besugo. De todos modos, gacela, me acordaré de ti. ¡Remad!

La orden fue prontamente ejecutada por los jíbaros y la lancha se alejó.

Las lágrimas cayeron por las pestañas de Iscay Satcha resbalando por sus tersas mejillas.

—Otro vendrá—dijo rudamente Tahua-Chunca—. Tumuc Humac ya traerá mejor marido para ti. ¿No viste que ese es verdad que sólo tiene un brazo?

—Pero es fuerte el que le queda y me sentiría protegida. Dice Tumuc Humac que la mujer no nació par flor estéril.

—Tumuc Humac decidirá—dijo Tahua-Chunca, poniendo punto final la conversación.

Su lancha regresó al poblado. Dirigióse la reina de las Aycha a la choza donde Joaquín Pons, enflaquecido y parpadeante, yacía

tendido aunque atadas piernas y brazos e el rústico lecho.

—No puede curarte el blanco del poblado vecino, Quim.

—Moriré, Tahua-Chunca. Esta espera mata... Es agonía lenta. ¿Por qué no viene Tumuc Humac?

—Vendrá pronto.

—Moriré, Tahua-Chunca.

La amazona halló mimos y palabras increíbles en ella para tratar de lograr que el preso sonriera. Paro el catalán, eminentemente práctico, no hallaba consuelo en las cariñosas caricias de la mujer que sentíase maternal, amante y protectora, pero no quería infringir las órdenes de Tumuc Humac.



Diego Lucientes escuchó pacientemente, sentado en el estrado desde cual tenía que atender consultas querellas.

El viejo Zocta terminó:

—...y dijiste que era tu gran amigo, por eso te he contado lo que no han contado. ¿Hice bien?

—Muy bien, amigo mío. Manda mensajero al castillo, o donde se halle Tumuc Humac. Que le explique cuanto acabas de narrarme. Cuando los más veloces de nuestros amigos, hayan partido con el mensaje verbal vuelve. Estaré en mi choza. Te e pero.

Poco después, sentábase Lucientes en cómoda mecedora rústica, en interior de fresca choza.

La tinta era de savia de quina. Las plumas de cuervo. El papel era corteza alisada de blanco cedro...

Escribió otra más de las hojas de la que pretendía ser una deducción de su antigua vida:

> "... y en este estado natural, quizá perdamos el lastre de vanos prejuicios y ambiciones, pero se embota nuestro espíritu y éste declina hacia cauces: el salvajismo, como mi compañero alejado, o la molicie y el agrio poso de antiguos rencores, como a mí. Me dice Zocta, que el “Chacal" va convirtiéndose en fiera humana, que sin matar impone miedo. Será que libres sus instintos, renace el hombre primitivo, joven y pujante...”

Pero no pudo seguir Lucientes, porque entraba Zocta.

—Siéntate, amigo mío. ¿Crees, pues, que es peligroso Runa Cuntur?

—Nadie podrá dominarlo si le falla una voz amiga. La tuya o la de Tumuc Humac. Desprecia a sus esposas.

—¡Repámpanos! ¿Sus mujeres? —Sí... fue elegido por Quisma Pichi....

—El pájaro del azul. Eso de Pichi la primera vez me hizo cosquillas. Bien, esto ya lo sabía. Fue elegido por Quisma Pichi, la reina de las Huasi. Se casó, porque así lo quería Tumuc Humac y asunto acabado.

—La costumbre es que si un runa casa con reina, las restantes vírgenes pueden ser sus esposas si él quiere.

—Vaya. Lógico es que Cheij Khan, el árabe, tenga harem. Pero nada malo veo en que las desprecie. Quizá esa es la definición del verdadero amador: el que idolatrara a las mujeres durante una hora cada noche y las desprecia después, sin querer darles trato de seres pensantes.

—Dicen que a veces alguna de ellas, favorecida por él...

—Eso de favorecida está muy bien. Un eufemismo que me aprendo, Zocta.

—Alguna de ellas le sigue, y él ha llegado hasta a pegar... Y un runa que pegue a amazonas, tendrá que oír sentencia de Tumuc Humac. Por eso, antes de que Runa Cuntur cometa algo irreparable, trata de evitarlo, Runa Cupay.

—He ido de sorpresa en sorpresa desde el momento en que entré en el castillo que creía yo derruido y sin habitantes. La mayor fue veros a vosotros, los jefes, tan... ¿cómo diría yo?.. tan civilizados. Hago alarde de no extrañarme ya de nada, pero muchas veces he pensado que si Tumuc Humac quería, podía con todos los jíbaros y las Damas del Arco emprender amplias conquistas de otras tierras.

—¿Para qué quiere Tumuc Humac más tierras? Ningunas serán más ricas que esas.

—Ni ningunas tendrán más naturalidad. Bueno, Zocta, puedes retirarte y te agradezco tu interés por Runa Cuntur.

Capítulo II

El reino de las Urpí

Nina Huarmi, la amazona de grises ojos, semejó una niña esperando azotes...

Ante ella, un, hombre atado por la cintura y las piernas a un recio tronco de árbol que crecía al interior de una cabaña, desfogábase airado.



—Tumuc Humac ha de decidir.

Y, por fin, el Pirata Negro, comprendió la inutilidad de sus reproches ante la que sólo sabía decir, como réplica:

—Tumuc Humac ha de decidir.

Y ahora repitió la reina de las Urpí:

—Tumuc Humac vendrá pronto. Su reino es muy grande y extenso, y viaja lentamente. Si yo te diera libertad, mis once me atravesarían con sus venablos. Tumuc Humac es el que ha de decidir. Me voy, porque tu cólera me entristece.

Carlos Lezama imprecó largamente y, por fin, contempló al que, sentado a una distancia de tres pasos, agachaba la cabeza.

—Quien espera, desespera, don Marcelo. ¿Cuántos?

—Ciento veintidós días con sus noches, señor.

—Esa forma de atar no la aprendieron en la selva. Esta es la llamada llave francesa, de las cárceles galas.

Y cada seis días, somos zarandeados hábilmente por esas condenadas amazonas, las cuales, al trasladarnos, evitan que se entumezcan incurablemente nuestras piernas. El pienso es bueno, pero desespera esta situación. Maldigo cien veces de ese Tumuc Humac... ¡Valiente reino de las tórtolas! Tengo hartura de ver mujeres, guapetón... y ansias de ver a la mía. Pero antes debo reunirme con el chacal. ¿No te extraña mi ansia por reunirme con un mozo enemigo?

—Tus razones tendrás, señor.

—Si te las contara tú bullirías como yo en caldera torturante de impaciencia. La muerte es consuelo para el prisionero encadenado día tras día sin sueño, sin apetito, sumido en mis reflexiones. Y para colmo, carceleras femeninas. Resumiendo: lloriqueo, solo que debí hacer es no entregarnos.

—Nos hubieran clavado venablos y de la muerte no se regresa, señor

—¡Tumuc Humac!, ¿Quién será ese salvaje, que reina entre jíbaros y amazonas?

—Un día lo sabrás, señor. No te impacientes y déjame que eche calma a tu temple. Aunque lográramos romper esas irrompibles ligaduras, no podríamos salir de aquí. Esperar es pues, tu único recurso, señor.

Dos días después, apareció Nina Huarni, radiante el rostro y embellecidos sus grises ojos por luz de alegría.

—¡Tumuc Humac viene! ¡Turna Humac viene!

Volvió a salir corriendo. Oíanse rumor de conchas en ecos sonoros. Un ajetreo de caballos y pisadas oíase apresurado.

—Bien—sonrió, acerbamente, el Pirata Negro—. Hora era ya. Ha

llegado Su Majestad Muy Anhelada Tumuc Humac.

Pasaron dos horas y por fin, dentro de la cabaña, penetró un esquelético anciano, de piel apergaminada, cráneo calvo y grandes ojos azules.

Se apoyaba en el hombro de Nina Huarmi, la cual tendió escabel recubierto de piel de onza.

Sentóse un anciano que vestía larga túnica ceñida por cordón de oro. Lo pies descarnados estaban desnudos e las sandalias.

—Yo soy Tumuc Humac—dijo, con voz temblorosa y apacible.

"Tú eres una maldita momia”, meditó “Cien Chirlos”.

El Pirata Negro, extrañado, manifestó su asombro:

—No creí hallarme ante hombre de tan avanzada edad. Ignoro qué razón hay para tenerme preso si a nadie hice daño desde que entré en el castillo.

—Me ha explicado Nina Huarmi tu captura. Vete, Nina Huarmi Quiero hablar a solas con esos runas.

Salió la amazona.

—Mi nombre es Víctor Montjoy— dijo, inesperadamente, Tumuc Humac con entonación afable—. Creo que vos dijisteis ser conde. Ellas no saben de títulos humanos.

—Carlos Lezama me llamo. Necesito reunirme con tres hombres, en cuya busca entré en el castillo, creyéndolo posible refugio de los fugados.

—Vuestro título es de conde.

—Conde Ferblanc.

—Raíz francesa — dijo en francés Víctor Montjoy.

En el mismo idioma, replicó Lezama:

—Francés era mi padre, de quien heredé título. Pero al nuevo misterio de que Tumuc Humac hable coma un parisino, debo añadir el inconcebible de que charlemos insubstancialmente, después de cinco largos meses de espera.

—Para una mente emponzoñada por el aliento de la civilización, ha de chocar la naturalidad del estado donde reinó. No hay prisas. El mismo fin a todos nos aguarda. No os impacientéis, conde Ferblanc. Según tengo entendido, os ha elegido Nina Huarmi por esposo, y debo dar mi conformidad.

—¿Acaso la mía no cuenta?

—Estáis en tierras escasas en hombres blancos.

—No la elegí. Me trajeron vergonzosa y humillantemente a la fuerza esas tórtolas del arco.

—Este caballero mudo, ¿es vuestro escudero?

—Mi lugarteniente. No entiende el francés. Si no tenéis inconveniente hablemos español, que tierra es esa que españoles por primera vez pisaron.

—Sois hombre que, por lo que deduzco, os habéis visto en ocasiones como esa—replicó Víctor Montjoy, en español.

—No. ¡Os juro que nunca me vi ante leyendas convertidas en realidad!

—Todo es posible y las más recónditas leyendas tienen a veces fundamentos sólidos. ¿No queréis de buen grado casar con Nina Huarmi?

—Casado soy y no acepto nueva esposa, ni permuto la mía aunque sea por la más bella de vuestras damas del arco.

—No creo, conde Ferblanc, que estéis en condiciones de elegir. Si Nina Huarmi os convierte en su esposo, no saldréis nunca más de aquí.

—¿Y si no me caso?

—Saldréis de aquí, para ser entregado a los cortadores de cabezas.

—Me parece tan inverosímil todo eso, que no puedo ni reírme.

—Lo estáis viviendo.

—Yo pretendí reunirme con tres amigos míos.

—¿Amigos vuestros?

—Sí.

—Huían de vos.

—¿Están vivos?—preguntó, anhelosamente, el Pirata Negro.

—Si os ha de tranquilizar, os diré que el señor Lucientes se ha revelado, según mis informes, como un sagaz gobernante. Lamento comunicaros, en cambio, que ha muerto…

—¿Quién? — rugió, más que dijo, Lezama.

—El tártaro. Una venenosa serpiente le picó.

—¿Y el chacal?

—Si éste era el apodo de Buna Cuntur, éste vive olvidando su precoz amargura.

—¿Dónde está?

—Fue elegido por Quisma Pichi, reina de las Huasi. Su reino está

muy alejado.

Respiró hondamente el Pirata Negro. Cerró los párpados y así fue hablando:

—Intento creer que no sois un loco con ínfulas de soberano emperador en tierras de salvajes. Intento creer que si accedo a matrimoniar con Nina Huarmi, no perderé la cabeza. Intento convenceros de que por egoísmo, esa gran fuerza humana, prefiero vivir.

—Sois persuasivo, conde Ferblanc. Pero sabed que, si bien no quiero jactarme de adivinador del pensamiento, alejad toda posible idea de huir. No saldréis del reino de las Urpí. El mismo señor Lucientes, hoy Buna Cupay, rige poblado de jíbaros, pero no puede salir de él, ni se entrevista con Buna Cuntur.

—Acepto todo, con tal de verme libre de ligaduras. Y así pediría, como merced especial, poder entrevistarme con uno u otro de mis dos amigos. .

—¿Por qué este deseo? Ellos huían, de vuestros soldados. El verdugo los esperaba.

—Largo sería de contar. Si vos tenéis aquí toda la autoridad, enviad un mensajero a Diego Lucientes. Él dirá si quiere o no verme, si el mensajero le afirma que yo quiero hablarle.

—No lo dudo. Pero, conde Ferblanc... ¡no estáis al frente de la Implacable!—y la voz del anciano fue de pronto aguda y amenazadora—. ¡Aquí e mi voluntad la que manda!

Levantóse el anciano y abandonó la estancia. El Pirata Negro mordióse los labios airado... Hubiera sido inútil y vergonzoso, que él le gritase a aquel anciano soberbio, que si él anhelaba verso ante el “Chacal”, era porque éste era su hijo.

Capítulo III

Las visitas de Tumuc Humac

Victor Montjoy, en su litera, cuando después de decirle a Nina Huarmi, que a su pronto regreso decidiría si el prisionero sería o no su esposo, escribió con punzón en tabletas blandas, de las cuales tenía profusión junto a él.

> "Preso el conde Ferblanc, marino experto y audaz, al servicio de los españoles, debo pesar las posibilidades de utilizarlo. Tiene el engreimiento propio de todo español dominante —fue escribiendo—, pero su fama es universal. Es tan perfecta la obra que he realizado, que mi nombre será proclamado en Francia, como el de benefactor de la patria. Yo daré a Francia una vasta región, abundante en oro y piedras preciosas, dominada por la justicia y con súbditos leales e ingenuos. Al frente de los cien poblados jíbaros, cada uno de ellos con mil cien jíbaros, hay un fiel francés, aventurero e ignorante de mis designios, que ya debo hacer conocer a mi patria, porque poca vida me queda. Cada reino de damas del arco, tiene varios aventureros, la mayor parte franceses. Esta obra gigantesca me ha consumido cerca de setenta años. La salida al mar por el delta, debería estar en poder de Francia. Yo tengo el oro para comprar esta salida. Y las naves para surcar el caudaloso río construyendo canales en los lugares infranqueables. Un marino como el conde Ferblanc, podría servir, a cambio de su libertad. Esta comunicación ea la última de las muchas que vengo escribiendo, y que deberéis leer, señor residente en la Martinica. Y es muy francés que termine diciendo que en todo acto, el más mezquino como el más sublime, alienta la sombra benefactora o maligna de una

mujer. Yo, Víctor Montjoy, por un desengaño de amor, me he convertido en el Rey Supremo del Estado Natural del río Branco.

"Tumuc Humac"

Inclinándose contra el respaldo de la litera transportada por jíbaros, Víctor Montjoy, abismóse en pensamientos. ¿Espías? No los temía, porque nadie podría creerse lo que narrasen famélicos y asustados huidos, imaginando que lograran huir. Y si lo creyeran, no atribuyéndolo a fantasías fanfarronas, no podría penetrar fuerza alguna en el estado del río Branco.

No resultaba desprovista de ingenio, la argucia intentada por tres aventureros españoles, los cuales habían empleado pieles de oso para avanzar a usanza de aquellos animales.

Si Aloys Mandrin, el francés que regía la tribu de jíbaros que habían capturado a los tres españoles, revistiendo pieles de Oso, no había decretado su muerte y los mismos jíbaros en vez de traer sus cabezas, los habían traído vivos, seguramente era porque los suponían espías.

Y a eso obedecía el mensaje de Aloys Mandrin, al solicitar que Tumuc Humac sentenciara, después de interrogar a los tres presos.

Por la cercanía con el feudo de Diego Lucientes, visitaría también a éste, por dos motivos: saber qué clase de relación había atraído al conde Ferblanc al castillo y tratar de evitar que el joven árabe tuviera que ser condenado a perecer, si persistía en su peligroso retorno a una crueldad primitiva.

Desvió el curso de sus pensamientos, para pasar mentalmente un examen de aptitudes de cuantos aventureros franceses había, él erigido en dueños de feudos jíbaros. ,

Y, por fin, decidió que Aloys Mandrin era el más adecuado, para servir de mensajero en la corte antillana de la Martinica, portando sus tablillas en las que había expuesto el vasto y maravilloso plan, que podía hacer de aquel estado natural, una potente fuente de fuerza e ingresos para la nación francesa.

El traqueteo de la litera lo adormiló. Días después, llegaba al paraje, donde Aloys Mandrin reinaba en dueño absoluto sobre mil cien jíbaros.

Cerca del estrado, desde el cual debía Tumuc Humac administrar

consejos y sentencias, tres hombres estaban amarrados en pie a sendos postes enclavados en tierra.

Lucio Agudo, Ambrosio Bustamante y Juan Pérez, habían adelgazado considerablemente, sometidos al frugal yantar jíbaro y a la larga prisión exasperante, donde a cada lenta hora, pensaban ser decapitados.

Sus ropas en jirones, colgaban de sus cuerpos. Miraran con sorda rabia interior al anciano apergaminado, al que todos los jíbaros tributaban evidente veneración.

Tumuc Humac sentóse en lo alto del estrado, al cual había llegado apoyándose en el hombro de un blanco.

Sus grandes ojos azules, posáronse en los tres presos.

—El de vosotros que sea de más categoría, que conteste a mis preguntas.

Tanto Lucio Agudo como Juan Pérez ladearon la cabeza para mirar a Ambrosio Bustamante, que estaba entre ellos dos.

—Tú, entonces — dijo Tumuc Humac—. Es mi deseo saber la razón por la cual fuisteis capturados, vistiendo pieles de oso recién despellejado y en lugar donde a solas ningún blanco pudo llegar. Te aconsejo hables sinceramente, ya que de tus respuestas puede depender tu vida y la de tus dos compañeros.

—Yo opino que en momentos como este no miente nadie, si tiene caletre. Y lo tengo—dijo el navarro.

—¿Cómo llegasteis hasta la cima de la colina en que fuisteis capturados?

—Siguiendo a una comitiva en que varios de estos alfeñiques llevaban a hombros una litera.

—¿Por qué seguíais la litera?

—Porque junto a ella cabalgaban tres blancos.

—¿Sus nombres?

—Diego Lucientes, Cheij Khan y Tartar.

—¿Qué tienen que ver esos tres blancos en vuestra persecución usando piel que os permitió avanzar? ¿Sois soldados interesados en las recompensas ofrecidas por la captura?

—¿Nosotros soldados? — protestó, sinceramente indignado, el navarro—. ¡Somos...! Bueno, éramos piratas al servicio del conde Ferblanc. Y éste, nuestro jefe, nos ordenó que procurásemos por todos los medios entregar mensaje al señor Lucientes.

—¿Dónde está el mensaje?

—Los enanos, al quitarnos las pieles a cuchilladas, para no quitamos las ligaduras que iban apretando, a medida que nos quitaban piel de oso a jirones, iban arrojando al fuego los pellejos y en medio de los pellejos iba el trozo de mi cinto en que cosí el mensaje. Ardió, pese a que yo gritaba. Pero no me hicieron caso esos alfeñiques.

—¿Qué decía el mensaje?

—Lo ignoro. Yo opino que si a un subordinado el jefe le da mensaje importantísimo lacrado, pena de muerte merece si lo abre.,

—¿Cómo sabes que era importantísimo?

—Porque nunca vi a nuestro jefe tan interesado en algo.

Tumuc Humac meditó unos instantes Por fin, sentenció:

—Estos hombres aguardarán a que haya yo conversado con Runa Cupay. Decidme vuestros nombres.

—Ambrosio Bustamante, por “Pencas”—declinó el navarro.

—Juan Pérez, por “Juanelo”.

—Lucio Agudo, por “Rucio”. A los tres nos conoce muy bien el señor Lucientes.

A una señal ele Aloys Mandrin, obedeciendo palabras de Víctor Montjoy, los jíbaros desenclavaron los postes, cargándolos a hombros con los prisioneros que volvieron a ser recluidos en la choza donde desde su llegada permanecían.

Siguió Tumuc Humac aconsejando y sentenciando, y terminado el motivo principal de su visita, pasó a solas con Aloys Mandrin a sentarse en la choza de éste.

—Renunciaréis al mando, Mandrin. Que Zocta y Huaranca, reinen en sus jíbaros, hasta que yo designe a nuevo jefe.

—¿En algo os disgusté, señor Montjoy?

—No es medida contra vos, Mandrin, sino favorable. Os he elegido para una misión de toda confianza.

—Agradezco vuestra elección.

—Os entregaré un voluminoso equipaje compuesto por tablillas en las que he escrito mi historia desde la llegada al Amazonas. Deberéis considerar que si cualquier aventurero se apoderara de vuestra carga, significaría el fracaso de toda mi obra.

—Nadie lo conseguirá, señor. Os lo juro.

—Sois ingenioso. Buscad medio de que las tablillas escritas,

aparenten, ser carga sin valor alguno.

—¿Dónde debo llevarlas?

—El viaje es largo, muy largo. Deberéis ser lo más veloz y seguro que podáis. Yo siento que poco he de vivir. Quisiera morir tranquilo, sabedor de que Francia ha heredado el gran patrimonio que yo he creado. Poneos inmediatamente en camino. Augusto os entregará las tablillas. Yo sé que vos sois el único que llegaréis a destino. Os escoltarán las amazonas de Tahua-Chunca hasta el delta. Después, fácil os será llegar hasta la Martinica, a cuyo residente, en persona, entregaréis las tablillas.

Miró unos instantes Víctor Montjoy a su compatriota.

—¿Algo os inquieta, Aloys Mandrin?

—Sí, señor.

—Decid sin ambages.

—No seré creído. Me supondrán un buscador de oro loco. Y las tablillas invención de ambicioso también alocado por espejismos.

Víctor Montjoy osciló varias veces la cabeza. Veíase que no había pensado en tal contingencia.

—No vais descaminado, Mandrin. Tenéis razón. Buscaré, pues, un medio seguro de que mis tablillas sean leídas con fe.

Se puso en pie dificultosamente, abalanzándose Aloys Mandrin para ayudarle.

—Debo pensar en ello. Os comunicaré mi decisión y entonces partiréis. Ahora debo visitar a Runa Cupay.

Capítulo IV

La inquietud de Runa Cupay

Diego Lucientes sentíase preocupado. Si a él, este estado natural, sin intrigas, aventuras ni variaciones, iba produciéndole aburrimiento, era ésta una consecuencia que a nadie podía dañar.

Pero el retorno al primitivismo de Cheij Khan le inquietaba. Pese a sus aparentes caudillajes, eran prisioneros. Y bastaría una sentencia de Tumuc Humac, para que Cheij Khan fuera cazado y muerto, como una fiera...

La fiera en que iba convirtiéndose...

Por eso acogió con alivio la llegada de Tumuc Humac. Conversando con el francés centenario, podrían hallar solución que impidiera la muerte de Cheij Khan, el chacal que iba convirtiéndose en lobo de crueles instintos.

Y el Bienhechor Amigo, el rey supremo del ignoto estado natural del río Branco, supo ser comprensivo.

—Vuestra inquietud es noble, Lucientes. La inspira la amistad, pero yo debo pensar en el bien de mis indígenas. No puedo permitir que un blanco por mí nombrado, siembre el terror entre sus propios gobernados.

—Tal vez si me autorizarais a estar a su lado, lograría devolverle algo de civilización necesaria, porque siento discrepar, señor Montjoy, pero el estado natural convierte en salvajes a los hombres ya de por sí predispuestos a la aventura. En este estado natural se exacerban los malos instintos del que nació civilizado.

—Vos no seríais suficiente freno. La amistad no basta. Tan sólo un violento choque emotivo podría, quizá, devolver a Runa Cuntur, la mansedumbre que para él desea en bien de los míos.

Perplejo, Lucientes pensó unos instantes para de pronto darse recia palmada en la frente.

—¡“Eureka”! — exclamó, alegremente.

Pero tan súbito como fue su arranque, lo fue su decaimiento abatiendo los hombros.

—No. Es imposible—dijo, en voz baja.

—Si os dignáis explicarme lo que os pareció por breve momento feliz inspiración, posiblemente podré aprobar vuestra desaprobación o aconsejar realizar la idea que se os ocurrió.

—Es larga historia, que, resumida, es ésta: el “Chacal” se enamoró de mi hija. Ha sido su único amor. Pero por inicial mentira en el mozo, mi hija, orgullosa, aun queriéndole, le huyó. Ése fue el principio de las calamidades del “Chacal”. Yo, cuando éste sentíase de nuevo ilusionado creyendo en vida a Gabriela, mi hija, logré artimaña por la cual de nuevo el mozo sumióse en desesperación, que yo estimaba pasajera y preferible a que siguieran ambos en mutua posición torturadora. Ella no abdicando su orgullo herido, y él, dispuesto a todas las vesanias, matando a cuantos la cortejaran, para hacerla su esposa.

Encogióse de hombres Lucientes:

—Por un instante, pensé que revelar al “Chacal” que su amada vive, sería, devolverle al deseo de vivir para lograrla.

—En efecto. ¿Y cuál es la imposibilidad?

—Gabriela acompañó a la esposa del conde Ferblanc, a una fortaleza muy bien guarnecida, para que allí estuvieran ambas a salvo de cualquier rapto, en venganza contra el Pirata Negro. No hay pues tan sólo una invencible guarnición que se opondría al paso del “Chacal”, sino también la más evidente imposibilidad de salir do este reino, de este Edén de Mariposa.

—Tenéis razón, Y ya que habéis citado al conde Ferblanc, ¿podéis decirme qué relaciones os unen?

—Ha sido y es mi único amigo y consejero.

—¿No era él quién os entregó al verdugo?

—Precisamente él, no. Fue fatalidad que por su intervención, enviando los planos de Aguas Revueltas, un capitán español nos hiciera presos al “Chacal” y a mí.

—Si él os hubiera seguido, ¿con qué fin sería? Iba con los soldados y acamparon en la llanura del molino.

—Tengo la certeza de que era para evitarnos caer presos.

—¿Yos estaríais dispuesto a todo por el conde Ferblanc?

—Indudablemente.

—Bien. Era lo único que quería saber. Os doy autorización para que visitéis a Runa Cuntur. Reveladle la existencia de su amada.

—No os comprendo, señor Montjoy.

—Me comprenderéis. Id en busca de vuestro amigo y aquí os espero a ambos.

—Él pretenderá huir.

—Hacedle saber que solo no podría entrar en la fortaleza defendida por españoles. Id y no preguntéis más. Decidir tan sólo, que yo puedo concederla no sólo el paraíso donde él, un escapado de la justicia, puede vivir con su esposa, sino los medios para lograr su propósito.

—¿Por qué citasteis al conde Ferblanc?

—Os conozco. Sé que cuando profesáis amistad, sois capaz de todos los sacrificios. Id y luego a vuestro regreso sabréis cuáles son mis ahora obscuras razones para desear que reveléis a Runa Cuntur la existencia de su amada.

Al irse Lucientes, Víctor Montjoy no pensó en él ni en Cheij Khan. Pensaba en lo que había dicho Aloys Mandrin:

“Me supondrán un buscador de oro, loco. Y las tablillas de invención de ambicioso también alocado por espejismos. No seré creído”.

El cerebro inteligente de Víctor Montjoy, acababa de hallar en su reciente conversación con Buna Cupay, la más eficaz de las demostraciones para que nadie en la Martinica pudiera albergar la menor duda sobre la veracidad de cuanto dijera Aloya Mandrin.

* * *

El semidesnudo atleta contemplaba las márgenes del río. Pensaba que tendría que remontar el curso del río contra corriente.

Sabía que esta era la única posibilidad de acercarse al abrevadero de los gamos sin que el olfato de éstos se alterara al adivinar la presencia del hombre, de Runa Cuntur, el Blanco Salvaje.

Además, en el rudo ejercicio, hallaría fatiga para poder sumirse en hondo sueño, que le quitara melancolías y recuerdos.

Su cuerpo enjuto, todo fibra elástica y musculada, se sumergió con un salto felino fue no levantó salpicaduras en el río.

Alrededor del taparrabos de piel de jaguar, un ceñido cinturón

de cuero trenzado, mantenía sujeto la desnuda hoja ancha de un corto cuchillo de monte.

Sumergióse y nadó bajo el agua. Fue un espectáculo primitivo en su grandeza salvaje ver como de repente emergía del agua y en increíble impulso hallábase cabalgando sobre el lomo de un corpulento gamo, en cuyo flanco, que latía vivamente, hundió repetidas veces la ancha hoja del cuchillo.

El gamo, con furiosos cabezazos, pretendía alcanzar al hombre que se aferraba alrededor de su vientre como un centauro mitológico con la tenaza de las piernas enlazadas por los pies.

Exhausto y perdiendo vitalidad por el flanco abierto, el gamo cayó de costado.

Lo que siguió fue bestial, elevando al máximo la inquietud de Diego Lucientes, que, desde cercana loma y montado a caballo, presenció primero la lucha del gamo y el improvisado jinete cazador y presenciaba ahora lo que le sumía en repulsión estremecida.

Cheij Khan, aplicando los labios en las heridas del gamo, bebía la sangre que de ellas manaba…

Diego Lucientes tuvo entonces la certeza de que los caudillos jíbaros Zocta y Huaranca no habían tergiversado las cosas al afirmar que Runa Cuntur iba convirtiéndose paulatinamente en una fiera inhumana.

Por un instante, tuvo la intuición de que si revelaba la verdad de la existencia de su hija, al que ahora demostraba un salvajismo peligroso podía desatar fuerzas obscuras.

Pero, por otra parte, pudo más la consideración de que si algo podía salvar al “Chacal”, era devolverle una ilusión.

Descendió la loma y a medida que se acercaba, iba comprobando que la antigua mirada soñadora de Cheij Khan tenía ahora una fría indiferencia que imponía desasosiego.

—Tiempo ha— que deseaba verte, “Chacal”.

—Hola, Lucientes.

Descabalgó el madrileño.

—Nos han convenido estos meses de reposo. Veo que cazas a un gamo con la misma velocidad que a él le dio la naturaleza. Pero quizá nos convendría ahora ausentarnos y volver a vestir ropas civilizadas.

—He decidido no abandonar esta tierra.

—Yo, sí.

—Libre eres de hacerlo… mí Tumuc Humac y tus jíbaros lo consienten. Yo no quiero marcharme, pero aunque quisiera, bien sé que es imposible salir de este Edén.

—Este Edén a la larga resulta empalagoso. Es bello moverse, cambiar de ambiente, "Chacal". Permaneciendo en un mismo sitio, corremos el peligro de transformarnos… para mal

—Percibo en tus palabras un afán consejero.

—Escucha, buen mozo. Tú perdiste la amistad de Tartar, cuya muerte mucho he lamentado yo. Pero no debes aislarte, ni encerrarte en una soledad que siempre es mala consejera, si no se está preparado para soportarla. Tú eres fuerte, joven, impetuoso… has vivido entre civilizados y lo que en un jíbaro o en una dama del arco sería perdonable, no lo os en ti.

Retrocedió Cheij Khan un paso, cuando la diestra de Lucientes pretendía posarse en su hombro, en gesto de amistad.

—No me toques.

—Repámpanos…—murmuró Lucientes—. Estás peor de lo que creía.

—Vuelve por dónde has venido. No te he llamado.

—Oye, buen mozo. A mí no me amilanas tú con desplantes. ¡Faltaría más! Ya sabes tú que por las buenas voy yo a un pesebre, pero con amenazas, lo único que se logra es ponerme tonto. Trata de volver a ser sensato, muchacho. No quiero insistir en la verdad de que si he jugado por algún tiempo a gobernar jíbaros, ha sido porque mi cabeza está a precio: una cabeza que no me importaba perder cuando por amistad contigo vine.

—Mucho anhelabas huir del verdugo.

—¿Quién no? Hasta el que más desesperanza tiene, sólo se suicida si pierde la facultad de razonar. Si no quiere vivir. Te has maleado, "Chacal", en contacto con el estado natural… Debes tratar de recuperarte y dejar de ser una fiera bestial. Tienes cultura, seso y corazón. El mundo puede aun ofrecerte compensaciones.

—Odio al mundo que dejé y que sólo en mi dejó posos de rencor y amargura.

—Es peligroso lo que ha motivado mi viaje, pero quizá sea tu único medio de salvación.

—¿Mi salvación?

—Persistir aquí te conducirá a ser una fiera a la cual Tumuc Humac, para salvar a los pretendidos salvajes, deberá ordenar que sea exterminada. ¿Qué clase de hombre eres que has pegado a pobres mujeres que por más arco y venablo que lleven, no son más que mujeres? ¿Crees que es digno de un hombre que por tal se tenga gozarse en aterrorizar a las que ningún mal te hacen? Estás perdido, "Chacal", si continúas así. Te hablo como quiero hablarte, porque me considero responsable de cuanto haces. Desde un principió… cuando perseguías a mi hija ¿recuerdas? yo deseaba que ambos fuerais menos quisquillosos y llegarais a dulce boda, que hubiera sido tu completa regeneración.,

—Sólo Gabriela hubiera podido iluminar mi existencia—y en la voz de Cheij Khan había ahora menos sequedad.

Fue ahora Diego Lucientes el que retrocedió. Su revelación podía ser el choque emotivo" que predecía Tumuc Humac, pero la reacción de Cheij Khan no era previsible.

—Perdóname si he sido duro contigo, Lucientes. He vivido muy solitario últimamente. Tú eres mi único amigo. La única persona que me queda con quien sentirme humano.

—Eso está bien — dijo Lucientes, aunque leves gotas de sudor moteaban su frente—. Oye, hijo… No te alborotes, ni me saltes al cuello. Ten calma.

Sonrió Cheij Khan, y era difícil el gesto, por falta de costumbre.

—Repito que me perdones, Lucientes. Puedes acercarte y que tu diestra se pose en mi hombro, como hiciste allá en tierra de Flandes, cuando nos juramos eterno afecto.

—De perlas viene la evocación, hijo. Nos hemos jurado eterno afecto, ¿no?

—Sí. Consigue que Tumuc Humac nos permita estar juntos y tú evitarás que degenere en fiera inhumana, como percibo que a medida que pasan los días en mi soledad carente de afectos que deseo, me sucede.

—Por afecto te he mentido… No quería que tú siguieras atormentándote… Me reprochabas que no era yo un padre digno de tal nombre, pues parecía haberme acomodado demasiado bien a la muerte de mi hija. Fue mentira mía. Gabriela está sana y salva, a seguro de una fortaleza española.

Cheij Khan volvióse lentamente, presentando las anchas espaldas al que acababa de revelarle lo inesperado.

—¿Quién puede asegurarme que no es nueva mentira tuya, para intentar sacarme de aquí?—preguntó el hijo del Pirata Negro.

—Vayamos a ver a Tumuc Humac. Allá hablaremos.

—No puedo creerte... ¡pero por si fuera cierto, tengo que comprobarlo! Y si fuera mentira... ¡esta no te la perdonaría, Diego Lucientes! Jugar con mi único sentimiento, es cruel...

—Calla, buen mozo. No te tortures más. Lo que haya de ser, será. Pero no quiero yo que te conviertas en un ente cruel indigno de vivir entre salvajes.

EPÍLOGO

Tumuc Humac, en la choza de Diego Lucientes, miró inquisitivamente a Cheij Khan cuando éste apareció, seguido por el pelirrojo.

—Veo por tu rostro Runa Cuntur, que en tu alma se alberga una nueva esperanza. Conozco por Runa Cupay tu historia amorosa. El impulso de querer conduce a grandes empresas o a grandes abismos.

—Perdona si te interrumpo. Tumuc Humac. Debo salir del Edén de las Mariposas. Quiero ir a Fuerte Esmeralda, al norte de Quito, donde está la hija de Lucientes. Tú debes permitírmelo.

—El viaje es muy largo.

—No hay distancias para quien tiene prisa.

—Reflexiona, Runa Cuntur. Tu descripción abunda desde que escapaste de la prisión de Bogotá. A solas, si lograras llegar hasta Fuerte Esmeralda, nada conseguirías.

—La noche es cómplice del enamorado.

—Debes pensar que Runa Cupay generosamente te ha revelado la existencia de su hija, pero no para que en ella ejerzas fuerza. Runa Cupay debe, pues, acompañarte a Fuerte Esmeralda. Pero los dos solos allá no, entraríais. Es una fortaleza española, y estará bien guardada. Yo te propongo, Runa Cuntur, un procedimiento infalible. ¿Queréis salir un instante, señor Lucientes? Desearía hablar a solas con vuestro amigo. Después, cuando él os llame, hablaremos los dos.

Abandonó Lucientes el recinto.

Víctor Montjoy bajó algo más su voz vacilante:

—Un francés reinando en tribu de jíbaros ha de marcharse. He hablado con los jíbaros diciéndoles que tú, Runa Cuntur, les mandarás en expedición lejana. A tus fuerzas se unirán las de mil

cien jíbaros, cuyos caudillos Zocta y Huaranca sabrán que tu propósito es sitiar una fortaleza, por hambre, en cerco imposible de romper. ¿No ves la finalidad? O deberán los españoles rendirse por hambre, o tú solicitarás a cambio la entrega de Gabriela. Hazme caso, Runa Cuntur. Raptarla te sería difícil. Con razones nada obtendrías. Sitiando la fortaleza, la conseguirás. Tráela aquí, y entonces sí que esto será un Edén para los dos. Permíteme que termine con una demostración de que antaño fui parisino y cortesano: la mujer necesita un pretexto. Si lo halla, no tiene que abdicar de su orgullo. Al principio ella te maldecirá... Y entonces es cuando tú puedes demostrarle todo tu amor. Y se rendirá... Un jíbaro te conducirá al poblado, del cual partirás con los mil cien, cuando contigo se reúna Runa Cupay. A tu regreso, hallarás aquí la paz completa, que la Naturaleza sola no podía darte.

Inclinó Cheij Khan la cabeza.

—Gracias, Víctor Montjoy. Sois bueno.

—Hasta pronto, Runa Cuntur. Llamad a vuestro amigo, al salir. Él se reunirá con vos en el poblado.

Salió Cheij Khan, y el que entró miró perplejo al anciano de grandes ojos azules.

—¿Por qué deseasteis hablar a solas con el chacal?

—Le he dado el mando de mil cien jíbaros, que en todo le obedecerán. Se dispone a partir y sitiar la fortaleza para que sea entregada vuestra hija. La traerá aquí, y con ella será feliz, y ella también.

—¡Tate¡... Habéis contado con el padre de la muchacha, que soy yo? Ganas me dan de deciros que no veo nada claro en cute ofrecimiento que habéis hecho al chacal. ¿No os dais cuenta que él, con mil cien jíbaros, puede arrasar hasta los cimientos la fortaleza?

—Vos iréis con él para impedirlo.

—Pero ¡no entiendo! Permitís que los jíbaros salgan del Edén y sitien una fortaleza... Muchos de ellos perderán el pellejo... Ellos os llaman el ‘bienhechor amigo”, y... En fin, no comprando.

—A vuestro regreso os lo explicaré.

—Ciento siete años tenéis, pero a instantes me parecéis ingenuo. ¿Quién os asegura que hemos de volver?

—Runa Cuntur, porque sólo aquí podrá estar a salvo con su esposa. Vos... por amistad.

—A tanto no llego. Si por las buenas mi hija quiere venir, vendrá. Si no, trizas me harán, pero me opondré.

—Dije por amistad al conde Ferblanc. Sabed que éste se halla preso en lugar donde no os diré, y si los jíbaros de Runa Cuntur y vos no regresáis en prudencial plazo, la cabeza del conde Ferblanc adornará una choza jíbara.

La cicatriz de la frente de Diego Lucientes se coloreó intensamente. Por un Instante pareció dispuesto a arremeter al anciano.

Por fin, mordiendo las palabras, dijo:

—¿Sabéis en qué estoy pensando, Víctor Montjoy?

—No comprendéis mis móviles..., pero empezáis a dudar de que haya yo vivido setenta años lejos de la civilización, con el solo objeto de impedir las querellas entre jíbaros y damas del arco. Mis móviles los sabréis a vuestro regreso. Tendré que decirle al conde Ferblanc que su cabeza y la de su lugarteniente “Cien Chirlos” dependen de vuestro acatamiento a mis deseos. Ahora, id al poblado al cual os conducirá un jíbaro que está aguardando, y donde ya Runa Cuntur es nombrado jefe de mil cien guerreros deseosos de viajar.

—Lo disteis todo por hecho, Víctor Montjoy.

—A mi edad, conozco algo la mente humana. La reacción de Runa Cuntur la di por segura. La vuestra, también. Sois inteligente, ¿y qué otra posibilidad tenéis sino la de obedecerme amistosamente? Buen viaje de ida y mejor regreso, Runa Cupay.

Maldiciendo entre dientes, abandonó el madrileño la choza. Lo que más le inquietaba actualmente era impedir que Cheij Khan cometiera una acción irreparable.

No podría evitar que sitiara la fortaleza, pero como fuera evitaría que desencadenara a los jíbaros...

Comprendía que había sido juguete del anciano Tumuc Humac. Pero el porvenir sería quien decidiría.

* * *

Aloys Mandrin, con las muestras exteriores del más evidente respeto, fue escuchando las palabras de Víctor Montjoy:

—Podéis poneros en camino, Mandrin. Han partido ya Runa Cupay y Runa Cuntur al frente de los mil cien jíbaros bien armados con los inventos civilizados, que darán mayor fuerza a sus propias

armas. Y cuando en la Martinica alguien se muestre incrédulo leyendo mis tablillas, dadle la prueba más eficaz. Vos llegaréis antes que la expedición que se dispone a sitiar Fuerte Esmeralda. Anunciad que Fuerte Esmeralda, la orgullosa fortaleza española, será sitiada.

Y añadid que quienes la sitiarán serán Runa Cuntur, Runa Cupay y mil cien jíbaros. La milésima porción de fuerzas de que dispone el Estado Natural de Río Branco, el mayor obsequio que jamás un francés habrá hecho a su patria. Cuando oigan hablar de la fortaleza sitiada, sabrán que no soy un visionario, ni vos un mensajero loco. Buen viaje, Aloys. Mandrin. Esperaré impaciente vuestro regreso. Tomad nota para que no lo olvidéis: la fortaleza sitiada será el Fuerte Esmeralda, al norte de Quito. Y con ello quedará demostrado que, tanto por la fuerza del oro como por la de las armas, el Estado Natural de Río Branco, donde yo, Víctor Montjoy, reino como supremo césar, puede ser la perla más preciada de la Corona de Francia.

Partió Aloys Mandrin río abajo por canales y orillas. Era joven y poco ducho en descifrar psicologías. No supo ver que Víctor Montjoy, en senil soberbia, no se resignaba a morir sin que Francia supiera de todo lo que había sido capaz un hombre impulsado por un desengaño amoroso.

En cambio, Víctor Montjoy sí sabía de lo que era capaz un hombre joven, aventurero y decidido, si lo impulsaba el ansia de amor, como en Cheij Khan.

Y con toda certeza dio por invencible el cerco de la fortaleza sitiada.